



**Vivencias. Mi calle: Ojos de Agua de Santa Lucía**  
María Inés Ruiz Hernández

**Published:** 2009

**Categorie(s):**

**Tag(s):** nonfiction regional mexico monterrey

A mis padres Isidoro Ruiz Flores y Francisca Hernández López (q.e.p.d.)  
A mis hermanas Irma, María Engracia, Francisco, Odilia, Floresthela y  
Francisco Ruiz Hernández, y a aquellos amados hermanos que me prece-  
dieron en su descanso eterno, Socorro, Isidoro y Trinidad Erasmo quie-  
nes, en su momento, formaron parte de mis vivencias.  
A mis hijos, Óscar Francisco, Blanca Maricela, Alba Patricia, Víctor Man-  
uel y Raúl Salvador Del Toro Ruiz.  
A mis nietos y a mi familia en general, por su amor y cariño.  
A mis maestros, amigos y compañeros, con quienes conviví en mi niñez  
y mi juventud.  
A todos ellos, gracias.  
A la doctora Magalys Ruiz Iglesias, ministra de Educación Superior de  
Cuba, por sus observaciones literarias

## Prólogo

La niñez es una de las épocas que el ser humano recuerda con más nitidez durante su vida. Vivencias. Mi calle: Ojos de Agua de Santa Lucía es una historia que nos lleva a diferentes etapas vividas en una calle: Adolfo Prieto, antes Santiago Tapia, de la Colonia Obrera, en Monterrey, Nuevo León, y en ella se involucran personas, personajes y espacios en el diario vivir.

Esta historia, narrada a base de anécdotas, nos muestra los cambios que se han suscitado en dicho lugar, cual si fuera una creación de la imaginación, como una telaraña donde los hilos se van entrelazando en el tiempo y el espacio. Si lograra transportar lo que mi mente guarda sobre este lugar, el hoy aparecería como un panorama sumamente diferente a lo que nuestros ojos vieron antaño.

Pero, sobre todo, Vivencias. Mi calle: Ojos de Agua de Santa Lucía es una obra dedicada a la juventud de todos los tiempos y a la mujer, ya que es evidencia de que, para lograr los anhelos que nos proponemos, debemos ser perseverantes sin importar las vicisitudes que se interpongan en el camino.

Algunas veces, aquellos anhelos pasados se convierten en una hermosa realidad. Así sucedió con las vivencias de dos niñas que visualizaron, a través de sus juegos, que la corriente de agua de una acequia, derrame de agua de los Ojos de Agua de Santa Lucía, era como los canales que existen en Venecia, Italia, cuyos habitantes y turistas recorren la ciudad en góndolas, admirando el bello paisaje del lugar. Y hoy, a sesenta años de mi vida, se cristaliza ese deseo vehemente de ver a nuestro Monterrey con su canal, que atraviesa gran parte de la ciudad, y tiene como fondo la grandeza de nuestros cerros: La Silla, Las Mitras, Sierra Madre Oriental y Topo Chico, inconfundibles y reconocidos a nivel mundial. Todo ello gracias a la visión del licenciado Natividad González Parás, gobernador de nuestro Estado, al desarrollar el Paseo Santa Lucía.

# **Parte 1**

## **Vivencias**

## **Mi calle: Ojos de Agua de Santa Lucía**

Una historia debe estar rodeada de anécdotas: son ellas las que refuerzan la veracidad de los hechos y dan relieve e interés a lo que se desea compartir. Este relato comienza a partir de los años cuarenta. La gente solamente hablaba de lo que sucedía en el mundo, puesto que se encontraba en su apogeo la Segunda Guerra Mundial. Los que vivimos esos tiempos, tanto adultos como niños, en nuestro país, de alguna manera nos vimos afectados por este movimiento, lo que dio como consecuencia que muchas personas de escasos recursos económicos, quienes se encontraban asentadas en poblados aledaños al estado de Nuevo León, en estados como Coahuila, Zacatecas y San Luis Potosí, buscaran en las metrópolis una mejor forma de vida. Fue de esta manera como mi familia, procedente de Concepción del Oro, Zacatecas, buscó un asentamiento en esta ciudad de Monterrey, Nuevo León, lugar donde se logra salir adelante, pues hay trabajo y escuelas.

La recesión que sufrían los países por la guerra recién concluida era terrible a nivel mundial. Mi pueblo no estuvo exento: por ese motivo, la minería, el comercio y la ganadería, que eran las fuentes de trabajo, se vieron seriamente afectados. El futuro era incierto para los habitantes que sufrieron una economía inestable y a la baja.

De la familia, los primeros en emigrar fueron los hermanos mayores. Se involucraron de inmediato en el trabajo: dos en la construcción y mi hermana Irma en el estudio de secretariado y contabilidad en la Academia Comercial General Treviño, una de las más reconocidas de la localidad en esos tiempos, ya que sus egresados se incorporaban de inmediato a la vida laboral en las empresas instaladas en esta ciudad. Por esta razón, el resto de la familia decidió trasladarse.

## Capítulo 2

### Tiempo de emigrar

Corría el año de 1945. Para ser exactos, a mediados de este año, tiempo en que estaba por concluir la Segunda Guerra Mundial, llegamos a la ciudad de Monterrey, Nuevo León, procedentes de mi natal Concha del Oro, como le decimos los nativos; es un lugar rodeado de cerros, entre los que destacan El Temeroso, llamado así porque tiene la forma de un oso y en el lugar habitaban muchos, algunos muy grandes; el cerro de Azules Arroyo, el de La Cruz y el de La Sierpe, y rodeado también por los promontorios de graseras, la escoria de desecho de las minas de oro y plata que se encuentran en el subsuelo. Concha del Oro llegó a ocupar, en algún momento, el tercer lugar como productor de oro a nivel mundial.

La forma de vida se basaba en la minería, el comercio y la ganadería. Mi padre y sus hermanos, dedicados al ramo de la zapatería, contaban que, a pesar de tener mercado para su producto, no lograban estabilizarse económicamente, debido a los tiempos difíciles que se vivían. La venta de zapatos industriales era el soporte que movilizaba su mercancía, ya que algunos clientes eran trabajadores de una empresa en Monterrey llamada Fundidora de Fierro y Acero. Sin embargo, aun y cuando mi pueblo se encontraba alejado de Estados Unidos de América o de los países europeos, México también resintió los estragos de la guerra. Mi madre refería que, debido a las noticias que se escuchaban gracias a la gente que llegaba al pueblo proveniente del extranjero o que leía el periódico, sobre la detonación de una bomba atómica, mi padre, por seguridad, construyó un pozo en el patio de nuestra casa como de cuatro metros de largo y dos de profundidad, con unas cuevas a los lados. México tenía fronteras con Estados Unidos y la destrucción podía llegar a todas partes. Afortunadamente, esto no sucedió ni llegó a nuestro México colapso nuclear alguno. Al paso del tiempo, para ocuparlo, mi padre puso una crianza de cerdos en aquel pozo con cuevas.

Dichos acontecimientos trajeron consigo la escasez de productos de primera necesidad y, por lo tanto, también de los que se utilizaban para la elaboración de zapatos. La mercancía se traía desde Saltillo, Coahuila, o de la ciudad de México.

No hubo más remedio que emigrar.

A pesar de que apenas contaba con seis años, aún recuerdo cuando subimos al tren mamá, mis hermanos Francisco, Socorro, María Engracia, Odilia, Floresthela en brazos de mamá y yo; quizá debido a que era la primera vez que subíamos al tren, al que llamaban "La Marrana", por lo lento que se desplazaba. Lo tomamos en la estación que se encontraba en una parte alta del pueblo. Sentí muy bonito cuando la máquina comenzó a caminar, y después cuando pasábamos por aquellos lugares donde las ramas de los membrillos y los duraznos rozaban las ventanillas del tren, al alcance de nuestras manos. No debíamos tratar de agarrarlos, pues mi madre nos lo prohibía por temor a que el avance del tren pudiera cortarnos los brazos. Ese viaje fue una experiencia única en mi vida, y no lo he olvidado. El viaje se hacía más interesante cada vez que el maquinista gritaba al parar en alguna estación: Margaritas!, La Encantada!,

Carneros!, y subían unas señoras con vestidos largos de color negro, tapadas de la cabeza con rebozos, para vender gorditas y tacos. Por último, la llegada a Saltillo, Coahuila. De ahí nos trasladamos en autobús hasta esta hermosa ciudad llamada Monterrey, rodeada de cerros.

Nos instalamos en casa de la tía Fina, como le decíamos de cariño a la esposa de mi tío Aurelio, hermano de mi padre. La casa se encontraba por la calle Espinosa, entre Doblado y Arista, en el centro de la ciudad. Mi tía nos recibió con una sonrisa y comida en la mesa. Yo probablemente traía hambre, porque aún recuerdo esto, o quizá lo recuerdo porque, a mi edad, todo me llamaba la atención. Nos quedamos en esa casa dos días, lo cual me gustó mucho, pues enseguida se encontraba el Cine Juárez.

Ahí fue donde supe lo que era un cine. Se exhibían las películas de Tarzán, el Hombre Mono, con su grito muy peculiar que aún resuena en mi memoria, y con su chango en el hombro, al que le daba órdenes que éste obedecía. Esto era una emoción desconocida para mí.

# Capítulo 3

## Lugares de asentamiento

Mi hermano Isidoro, el mayor, ya había previsto que, al llegar a esta ciudad, viviéramos en una casa rentada por la calle Félix Uresti Gómez, en la esquina en diagonal donde hoy se localiza la avenida Conchello, en la Colonia Terminal. La casa era un tejabán de madera que, por lo inclinado que se encontraba, parecía que se iba a caer. Por la noche se vislumbraba la luz que traspasaba sus vigas separadas. Detrás de la casa había unas vías por donde pasaba el tren que se dirigía a la Fundidora; cada vez que le tocaba pasar cerca de la casa, toda se movía.

Posteriormente nos cambiamos a otra casa, de material, que estaba en la Colonia Moderna. Antes de acostarnos, mamá revisaba las camas. Había muchos alacranes, ya que el tren pasaba cerca y las góndolas cargaban material que llevaban para la Fundidora, procedente del cerro El Mercado, ubicado en Durango, donde se cría el alacrán. Mamá tenía que sacudirlas para que no fueran a picarnos. Gracias a Dios nunca supimos de algún piquete. Tampoco teníamos muchos muebles entre los cuales pudieran esconderse.

Mis hermanos trabajaban en la construcción de las casas ubicadas hoy en las colonias María Luisa y Obispado que, según sus comentarios, estaba a cargo del Ingeniero Maiz Mier, persona que llegó a apreciar el trabajo que realizaban ellos. Se iban de la casa muy temprano y bien almorzados, pues no había muchos camiones, y tenían que trasladarse desde Félix U. Gómez hasta Zaragoza, y de ahí caminar a Venustiano Carranza. Llevaban su lonche porque regresaban a casa cerca del anochecer. Platificaba mamá que, para saber a qué hora tenía que levantar a mis hermanos, se guiaba por el ruido que hacía la vecina en la cocina. Así levantaba a mis hermanos para que no se les hiciera tarde. Un día, al escuchar ruido en la casa de al lado, probablemente mamá había dormitado un poco, se levantó de prisa pensando que ya se le había hecho tarde. Notó que las cenizas en el brasero aún no se consumían y se puso a preparar el

lonche y el almuerzo para mis hermanos, a quienes levantó todavía somnolientos, cansados y renegando porque aún tenían sueño. Mi madre, insistente, los hizo comer sin hambre, pues sentían el estómago lleno, y enseguida se quedaron dormidos. Mamá no veía que se hiciera de mañana, lo cual dio lugar a que descubriera algo:

— La vecina todavía no se acuesta!

Y los mandó nuevamente a dormir. Todo eso sucedía debido a que no había un reloj en la casa. Posteriormente, mamá se guiaba por el lucero, la estrella de la mañana, o sea el planeta Marte, que se vislumbra en la madrugada, para saber que ya era hora de levantarse.

Mis hermanos rentaron otra casa, situada por la calle General Treviño, entre Serafín Peña y Porfirio Díaz. De esta calle recuerdo que, en Treviño esquina con Villagrán, se encontraba la embotelladora de refrescos Bimbo, cuyo propietario era don Humberto Jasso. Nosotros no conocíamos los refrescos. La primera vez que tomé uno, no me gustó porque me picaban las burbujas en la boca.

Con mamá iba a una panadería que se encontraba por Villagrán, entre Tapia e Isaac Garza. Había mucha gente caminando en la calle y siempre se escuchaba música procedente de restaurantes y cantinas. Canciones como aquella de Amor perdido, que cantaba María Luisa Landín: Amor perdido, si como dicen es cierto que vives dichoso sin mí, vive dichoso... O aquella de: Cuando un amor se va, qué desesperación... Por supuesto que, a la edad de seis años, aún no entendía su significado, pero en mi memoria resuenan esas melodías, quizá porque las cantaban mis hermanos Isidoro y Erasmo. Todo aquello era bonito y diferente a lo que había en Concha.

Un día llegó un gatito y se metió dentro de la casa; maullaba aquí y allá. Mi hermano Francisco venía brincando desde la cocina y, al llegar a la puerta de la sala, el gatito se le atravesó y murió aplastado. Ahí fue donde por vez primera sentí tristeza. Poco después viví la muerte de mi hermana Socorro, la mayor. La velaron en la casa. Encima de unas sillas pusieron la caja de color gris. Yo quería ver lo que había en la caja. No recuerdo quién me subió en brazos, pero vi a mi hermana dormida, y no volví a verla más. Solamente mi madre y mis hermanos lloraban mucho; yo sentía un nudo en la garganta. A ella la sepultaron en el Panteón del Carmen, que está por la calle Xicoténcatl, entre Washington y Aramberri. A la altura de Modesto Arreola se encuentra la entrada a este panteón; por el lado norte se ubica el Panteón de Dolores; al oriente, antiguamente estaba situado el Panteón Municipal; años más tarde lo quitaron y construyeron la Escuela Normal Superior, la Dirección General de Educación

Pública, así como la Secundaria Número 10 Profesor Moisés Sáenz, sobre la avenida Venustiano Carranza, entre Tapia y Aramberri.

Hubo otro momento que marcó intranquilidad en la familia, una angustia que no se podía calmar. Fue cuando mamá supo que se iban a robar a mi hermana María Engracia. Por ese hecho decidieron que cambiáramos de barrio; mis hermanos decían que las calles aledañas se estaban volviendo peligrosas. Buscamos otro lugar más tranquilo y seguro, así llegamos a la calle Tapia, en la Colonia Obrera

## Mi calle

Los hilos de esta telaraña se van entrelazando a través del tiempo y el espacio para construir la historia, cual si fuera una creación de la imaginación, alrededor de una calle: Adolfo Prieto, antes Santiago Tapia, en la Colonia Obrera. Si lograra transportar lo que mi mente guarda sobre este lugar, hoy tendríamos un panorama sumamente diferente a lo que nuestros ojos nos muestran. Es, por lo tanto, mi deseo que, a través de Vivencias. Mi calle: Ojos de Agua de Santa Lucía, la sociedad sepa que las personas o lugares que en un tiempo ahí se establecieron, en un abrir y cerrar de ojos, se esfumaron y quedaron como una fotografía en mi mente: el recuerdo de lo que existió. Testigos son aquellos que, como yo, vivimos la felicidad de una niñez y juventud en lo que defino como mi calle. Nos cambiamos al oriente de la ciudad, por la Colonia Obrera, en la calle Santiago Tapia. En el año de 1950 cambiaron su nombre por el de Adolfo Prieto, en honor del fundador de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, desde Félix Uresti Gómez hasta la entrada de lo que hoy se llama Parque Fundidora.

Esta calle fue parte medular durante mi crecimiento. Por haber vivido una infancia y una adolescencia muy hermosas, la considero mi calle, aunque actualmente no vivo ahí, ni tengo ninguna propiedad por ese lugar. Fueron muchos los momentos agradables que, de alguna manera, propiciaron una formación única de mi persona. Hoy son recuerdos, ayer formaron parte de mí: el ayer y el hoy uno solo son. Además, es una calle que considero histórica en nuestra ciudad, por las razones que adelante narraré.

Primero rentamos la casa marcada con el número 2415, entre Francisco Márquez y Montes de Oca. Como era una niña de una viveza natural, decían mis mayores:

—Eres muy vivaracha, con esos ojos azules que tienes.

Al llegar a este lugar, observé alrededor y me gustó lo que vi: enfrente no había casas. Era un solar muy grande rodeado por muchos árboles: fresnos, mezquites, huizaches, todo estaba tupido de maleza. De día no se veía más que la yerba, por la noche parecía boca de lobo, esto aunado a los sonidos que emitían por las mañanas los pajarillos y cuervos. En las tardes los cuervos y las cigarras o chicharras, y por las noches los grillos.

A través del tiempo me ha gustado vencer obstáculos. Pienso que uno nace con el carácter definido. Cuando me propongo realizar tal o cual cosa busco la forma de llevar a cabo esa intención. Muchas veces no ha sido fácil pero, al final, logro mi deseo! Veía muy grandes a los árboles; sin embargo, yo quería subirme hasta lo más alto. ¿O sería que, al ver sus ramas movilizarse suavemente con el viento, imaginaba que, si yo estaba en la cima del árbol, iba a sentir como si alguien me columpiara?

Platicaba mamá que en Concha del Oro hice, a los tres años, un columpio con puros pedazos de trapo. Mi madre cosía en la máquina y tiraba muchos pedazos de tela, así que los junté, según yo, haciéndoles un nudo, me fui al patio de la casa, tomé la rama de una higuera que daba a un pozo donde había algunos cerdos y comencé a colgar mi columpio. Cuando creí que lo tenía amarrado, hice el esfuerzo y me subí; pero más tardé en hacerlo que en caer. Debo de haber gritado, porque mi hermana Irma me escuchó, corrió al patio, se asomó al pozo y, al ver que los marranos me traían rodando con la trompa, sin pensarlo dio un brinco para tomarme y me llevó con mamá, que ni cuenta se había dado de mi odisea.

Un día atravesé la calle hacia donde se encontraban aquellos árboles.

Busqué uno muy grande, un fresno demasiado alto, por cierto. Supe de su altura con el paso de los años: aproximadamente doce metros. En ese terreno se instaló una empresa de transportes llamada Águila de Oro, y se hizo una especie de bodega muy grande, en la cual cabían unos camiones de carga que alcanzaban seis metros, y todavía algunos árboles de los que quedaron les doblaban la altura. Pues bien, me encontré en la cima del árbol, donde las ramas estaban más delgadas, ya que era el lugar al que deseaba subir. Había una rama que hacía como una horquilla y ahí me senté a observar el panorama desde esa altura: la entrada de la Fundidora y sus hornos, la cooperativa, el techo de algunas casas, las viviendas que estaban dentro de la fundición de Peñoles con sus techos de color rojo, las copas de algunos árboles y la maleza tan tupida. Luego me quedé mirando hacia el frente: esto me emocionó. Se veía un hilo que brillaba con el sol; era el agua que corría por el río Santa Catarina. En seguida pensé: “quisiera ir a ese lugar”. Luego me recosté. Qué diferente se

ve todo desde la altura! Qué sensación tan especial cuando el aire mece las ramas como si fuera un columpio en el viento! Después me quedé viendo que, atravesando la acequia, venía mi tío Pancho. Al verlo cerca comencé a gritarle, mas él no me veía y volteaba para todos lados sin saber quién le llamaba. Cuando estuvo a menos distancia, al voltear hacia arriba, se dio cuenta de que era yo. Me gritó que me bajara porque me iba a caer, pero yo me sentía tan a gusto que deseaba disfrutar aquello. Pasado un rato, me bajé del árbol.

Ya en casa, mi madre, a quien mi tío había llamado la atención porque yo estaba subida en aquel árbol del que podría caer, me dio una buena regañada; pero, como yo había logrado mi propósito, ni sentí el regaño. Más tarde llegó mi tío con una reata de las que se usaban en las norias para amarrar una cubeta y sacar agua, y le dijo a mamá:

— Mira, para que le pongan un columpio a esa muchacha machetona! En el patio de la casa había un fresno muy alto y ahí pusieron el columpio. Le pedí a mi hermano Francisco que me diera un vuelo fuerte. Mi hermano comenzó a columpiarme y se me hizo fácil decirle:

— Mira, vamos a subirnos a la ventana! Ahí me acomodo en el columpio y luego me avientas.

Después de batallar un buen rato para subirme, lo logramos. Y ya sentada, me dio un vuelo tan fuerte que fui a caer arriba del techo de un servicio sanitario de pozo, que ya no se usaba pero que, por lo viejo de la madera, se tambaleaba y daba la impresión de caerse. Batallaron mucho pues, cada vez que uno se movía, el servicio parecía subeibaja. Hasta que vino don Pedro Escalón, un vecino, y trajo una escalera para bajarme.

Otra regañada! Francisco y yo recibimos una buena tunda por parte de mamá.

Pasado un tiempo, por razón de espacio, nos cambiamos a otra casa en la misma cuadra, al 2409. Era más grande, tenía patio y traspatio; creo que todas las casas de estos lugares los tenían. Mi madre, en el patio, sembraba maíz, calabacitas, melones, sandías y algunas otras matas como tomate, yerbabuena, cilantro y albahaca. En el traspatio se acostumbraba tener corrales donde se criaban animales; algunos vecinos tenían vacas, nosotros criábamos gallinas, gallos, patos, cerdos y gansos. Los gansos eran muy corajudos: si nos veían cerca se nos echaban encima, nos perseguían alrededor del patio; corríamos con el ganso detrás con deseos de picar, hasta que nos metíamos a la cocina. Mi papá compraba un cerdito por el mes de enero y lo engordábamos para el veinticuatro de diciembre. Por esas fechas, mi padre traía a un amigo, don Bernardino, para, entre ambos, matar al cerdo. Muy de madrugada hacían los preparativos, iban y

sacaban al marrano del corral y, desde ese momento, se oían unos chillidos muy fuertes que nos despertaban. A veces yo sentía miedo solamente de escuchar tanto grito; ya para entonces tenían una fogata muy grande con un cazo encima. Abrían al cerdo en canal, le sacaban las entrañas y las limpiaban; luego, junto con los pedazos de carne, las echaban en el cazo para hacer chicharrones que, por cierto, eran muy sabrosos con las tortillas recién hechas que hacía mamá con ayuda de mi hermana María Engracia. Francisco y yo íbamos al molino que estaba a la vuelta de la casa. En unas tinas grandes, llevábamos el nixtamal para que lo molieran: una tina con nixtamal solo, y la otra con chile colorado, para que la masa saliera roja para los tamales. Luego, cerca del medio día, mamá nos enviaba a mis hermanas y a mí con unos platos de chicharrones y carne a la casa de los vecinos para regalarles, ya que se acostumbraba que, cuando alguien hacía alguna comida especial, mandaba platos a las casas de sus vecinos. Creo que mamá repartía más de la mitad del cerdo. Era una bonita forma de convivencia.

Otro recuerdo que viene a mi memoria es que todos los días, como a las cuatro de la tarde, llegaban del trabajo a su casa, en el 2411, los tíos, por cierto muy jóvenes, de mi amiga Rosalba Delgadillo, y enseguida ponían el tocadiscos, donde escuchaban canciones del trío Los Panchos y tangos con Emilio Tuero y Libertad Lamarque, entre otros.

Durante el día se escuchaba la música que salía de una cantina situada en la esquina, por la calle Montes de Oca. Ahí vivía la familia Quintanilla. Era una cuadra muy alegre que se llenaba de música con las canciones de la época. Aún se encuentra este lugar, mas ya no vive ahí la familia Quintanilla.

Por las noches nos despertaban los sonidos de las guitarras; eran las serenatas que llevaban los novios a las jóvenes que vivían por la cuadra. Muchas llegaron a la ventana de la casa; las llevaba Daniel, el novio de mi hermana Irma. Qué sensación tan dulce era despertar con sonidos de guitarra en la madrugada! Sin duda, mi calle siempre fue muy alegre. Muchas de estas casas ya no existen porque las convirtieron en talleres. Solamente queda la casa marcada con el número 2417, de los Escalón, una familia numerosa; actualmente viven sólo dos hermanas, Chela y Socorro, dos vecinas que en su juventud fueron muy apreciadas por todos. Se distinguían por ser muy serviciales, Chela trabajando en su casa y Socorro como enfermera. Cada vez que alguien enfermaba, Socorro inmediatamente acudía a poner las inyecciones que los médicos recetaban. Eran épocas donde no había mucha gente que supiera inyectar. Cuando mi hermana Irma enfermó por un virus muy fuerte, Socorro se mantuvo

atenta hasta que se restableció. En ese tiempo, no se habían erradicado la tosferina, la difteria ni el tétanos. Para quien llegaba a enfermar, las consecuencias a veces eran fatales, pues las temperaturas subían tan altas que, al faltar algún cuidado, venía la meningitis y las personas fallecían. Eran tiempos en los cuales no vacunaban a las personas como hoy en día se hace gracias a los programas que tiene el gobierno. Sirva esto como un reconocimiento a todas aquellas personas quienes, como nuestra vecina Socorro, prestaban y daban ayuda solidaria a la comunidad sin esperar beneficio.

Al lado de la familia Escalón vivía la familia Mercado. Jesús, “Chuy”, era hijo único. Algunas veces jugábamos con él, pues sus papás lo cuidaban mucho, así que más era plática que juegos; pero nos divertía mucho, era muy fantasioso. Decía que él iba al Cerro de la Silla y que ahí mataba leones. Decía también que nosotros éramos sus hermanos, aunque de cierto eso nos favorecía ya que, como su papá trabajaba en la Fundidora, sacaba pases para ir al cine de la Cooperativa, al cual solamente podían asistir los hijos de los trabajadores. Un día, Chuy jugaba a la cuarta con mi hermano Francisco; en ese juego se avienta una moneda a la pared: si cae justamente a una cuarta de la mano, entonces se es el ganador; primero lo hace uno y luego el otro. Así estaban los dos, entretenidos, cuando de repente llegó un policía diciéndoles:

—Muy bien muchachitos: conque jugando con dinero en la calle.

Y se los llevó a la delegación de policía, que estaba por Félix U. Gómez y Albino Espinosa. Don Ismael Garza, nuestro vecino, fue a sacarlos, y tuvo que pagar cinco pesos de multa, que era mucho dinero. Después de esta experiencia ya no volvieron a jugar a la cuarta. Sin duda, Chuy Mercado fue un buen amigo de nuestra infancia y nuestra juventud.

En la esquina de Francisco Márquez se encontraba situado un tendajito que era atendido por don Tocho. Ahí conocí los chicles que hacían globos muy grandes los cuales, al reventarse, se nos pegaban en todo en la cara. Por la misma calle, entre Adolfo Prieto e Isaac Garza, había otra tiendita, la de don Julio Cabello, papá de Nicolás e Irma, quien vendía un pan muy sabroso. Por Adolfo Prieto se encontraban otros establecimientos, tales como El Cairo, uno de los más grandes que había en el área, propiedad de don Luis Gómez, papá de Dulce. Vendían de todo. A nosotros nos gustaba ir porque, cuando hacíamos alguna compra, don Luis nos daba “el pilón”, o bien dulces o galletas que él decoraba. A las galletas Marías les hacía figuritas con betún de diversos colores, como payasitos y paisajes, y eso era lo que más nos agradaba. En Juan de la Barrera estaba el estanquillo Gloria, donde se reunían a platicar y convivir los

muchachos de la época, hijos de familias que habitaban en el lugar. Eran las tienditas de barrio. Existieron muchos en nuestra ciudad pero, años más tarde, fueron sustituidas por Oxxos y Supersietes.

Al lado de la tiendita de don Tocho, por Francisco Márquez, había un taller que era cuidado por un señor que no hablaba, a quien conocíamos como “El Mudo”. Su trabajo consistía en abrir y cerrar el portón del taller; a la fecha existe ese portón. Platicaba la gente que a este señor le habían cortado la lengua en un pleito. Recuerdo que una vez me encontraba jugando a la bebeleche en la banqueta de la casa, un juego donde se pinta en el suelo un cuadro con gis, al comienzo y al final se hace un recuadro y en medio una cruz, y donde termina ésta se hace un aro; luego se enumera del uno al nueve y se tira un objeto que debe caer en el número deseado, y se brinca en los cuadros que quedan vacíos. Jugaba yo cuando pasó un señor muy apresurado y me dijo:

—Oye, niña, ¿no sabes dónde vive por aquí una partera?

Me le quedé viendo y contesté:

—No, señor, pero ahí —dije señalando hacia la esquina—, a la vuelta, vive un portero que es mudo.

El señor ya no me hizo caso y siguió su carrera. Mamá, que se encontraba en la ventana, me interrogó:

—¿Qué te preguntó el señor?

—Que si no sabía dónde vivía una partera.

En ese momento, mamá me dio un coscorrón en la cabeza y me dijo:

—Niña tonta, no diga esa palabra.

Me quedé con la duda del porqué mamá me llamó la atención por lo que, cuando entré a la escuela y la maestra nos enseñó a leer el diccionario, la primera palabra que busqué fue la de partera, y encontré:

Partera: Mujer que asiste a la parturienta.

Nunca entendí su significado hasta que me casé. Hago este comentario porque, en esa época, existía mucho respeto para los mayores, pues los niños o jóvenes no debían decir palabras malsonantes, ni mucho menos expresarse en un lenguaje soez delante de los adultos. Hoy se viven tiempos sumamente diferentes. Tanto la niñez como la juventud, femenina o masculina, son muy osadas en su vocabulario. Es frecuente escuchar por todas partes, hasta en la radio y la televisión, algunas manifestaciones lingüísticas groseras como si fueran floridos mensajes a los oídos de quienes los escuchan.

Del lado poniente de nuestra casa vivía la familia López. Ellos tenían un taller mecánico. Sus hijos César, Jorge, Hugo, Chabelyn y Ada eran muy

buenos amigos nuestros. César era con quien yo más jugaba, y a él debo muchas anécdotas que ahora escribo.

No puedo dejar de recordar que por mi calle, en la esquina con Francisco Márquez, vivía la familia González. En Montes de Oca, hacia el poniente, conocimos vecinos con los cuales compartíamos, de alguna forma, ciertas vivencias, como las familias Canales; Castillo, con su hijo Sergio “Keko” y su panadería; el doctor Roberto Moreira, nuestro estimado doctor familiar, que años más tarde llegó a ser reconocido en todo Monterrey por sus laboratorios; los Díaz Obregón; Delgado Samaniego; Arango; Rueda; Romo, que eran accionistas de Cigarrera La Moderna, y muchas personas más. Seguirán pasando los años, mas los buenos vecinos y amigos nunca se olvidarán.

En 1956, el paisaje del frente comenzó a cambiar. Se veía gente quitando algunos árboles y maleza; aquello fue tomando forma. Luego levantaron cuatro casas que aún se localizan en el lugar. Rentamos la que se encontraba a un lado de la esquina, con el número 2404, y ahí vivimos por espacio de seis años. Luego vinieron los matrimonios de mis hermanas y el mío. Cada quien tomó su rumbo. Todos dejamos mi calle.

El 22 de marzo del 2002 volví a mi calle: Adolfo Prieto y Montes de Oca. Dejé escapar un suspiro al verla rodeada de policías de seguridad con unas vallas de metal que impedían el paso de la ciudadanía. Ahí, en el 2404, donde viví, por esa banqueta, estaban pasando a pie varias delegaciones. Hombres y mujeres de Polonia, Alemania, Portugal, Estados Unidos, Finlandia, Bélgica, Israel, Sudáfrica y Grecia, entre otros. Lo supe por el gafete que portaban en el pecho. El motivo era el evento que se realizaba en Cintermex, la Clausura del Foro de la Organización de las Naciones Unidas, donde se reunieron estadistas de todo el mundo: George Bush, presidente de los Estados Unidos de América; Fidel Castro, presidente de Cuba; Kofi Annan, secretario general de la ONU, entre muchos otros. Cerca de las tres de la tarde llegó un vehículo del cual bajó solo el licenciado Natividad González Parás, en ese entonces senador de la República por el estado de Nuevo León, quien se quedó mirando por un rato hacia los lados y al oriente de la calle a la entrada de Cintermex, rodeada por elementos policíacos.

## Capítulo 5

### **Veredas, brechas, depresiones de tierra, vías férreas, hoy avenidas!**

Quien conoció y caminó por el monte que se encontraba frente a mi calle recordará que, donde hoy se unen las avenidas Francisco Márquez y Montes de Oca, pasando una gasolinera que se encuentra ahí instalada, estaban unos lugares muy profundos de tierra caliza, cubiertos de árboles y una maleza que alcanzaba más de un metro. Para llegar hasta el río Santa Catarina, uno tenía que hacer esfuerzo para bajar y subir. Pero en la niñez ni se siente cansancio cuando uno corre, suba o baje, pues todo se toma como diversión. Casi siempre era en domingo cuando cruzábamos por estos parajes. Iba de paseo con mis hermanas al parque España o para cortar aguacates y nueces, de los que había muchos árboles. Había otra forma de ir al parque y ésta era por la avenida, hoy Carretera Nacional, lateral a la Fundidora. Por ahí no se batallaba porque estaba pavimentada y llevaba directo al vado del río Santa Catarina. Pero nos gustaba más irnos por las brechas; era más emocionante.

Recuerdo también la diagonal Asarco, llamada así por la empresa American Smelting Co., entre Adolfo Prieto y Montes de Oca. Cuando llegamos a la Colonia Obrera, aún se veían rastros de rieles de ferrocarril que provenían de la empresa Asarco, ubicada por la calle Guerrero, al norte. De aquí salían dos vías: la que cruzaba por mi calle llegaba hasta las minas del cerro El Diente, del cual decían que proveía de mineral a la empresa citada. También era conocido como el Antiguo Camino al Diente, que cruza la Punta de la Loma, a un lado del parque Canoas, y atravesaba el río Santa Catarina, entronca con la avenida Revolución y corta hacia la avenida J. Cantú Leal, donde se encuentra ubicada una gasolinera. Esta calle hoy lleva el nombre del Profesor Antonio Coello Elizondo. La otra vía salía hacia la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, y hoy es la avenida Conchello.

A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta se instaló, en la Colonia Obrera, el drenaje pluvial subterráneo. Las dos primeras casas que habitamos no tenían drenaje; en sus patios se encontraban unas fosas sépticas para el desagüe. El canal del drenaje venía desde la calle Diego de Montemayor e Isaac Garza; aún se pueden ver las alcantarillas en forma de rieles. Tomaba hacia el oriente hasta Félix U. Gómez y luego hacia Santiago Tapia, al oriente, por la misma calle, denominada Adolfo Prieto, hasta la diagonal Asarco, daba vuelta hacia el sur cruzando por debajo de la acequia, seguía por la orilla de la barda de Peñoles y terminaba en el río Santa Catarina.

La estructura del drenaje pluvial subterráneo está hecha de cemento, aproximadamente de seis metros de ancho por tres de altura, con forma de cuadro en la parte de arriba y de triángulo en el fondo. En sus paredes tiene unos escalones de varilla de acero. Recuerdo cuando llegaron las excavadoras a realizar estas obras. Para la chiquillería se convirtió en juego; nos gustaba bajar hasta el fondo y luego subir por entre la tierra, antes de que cubrieran de cemento. Bajábamos a jugar carreras para ver quién llegaba primero hasta el río Santa Catarina. Se veía muy impresionante, ya que hicieron una excavación más profunda para que el drenaje del canalón llegara al río. Hoy esta avenida, denominada Asarco, llega a Constitución en su circulación al poniente y, hacia el sur, a la avenida Revolución. Actualmente se realizan excavaciones de lo que ya pronto será el canal de los Ojos de Agua de Santa Lucía, y se observa la estructura del drenaje pluvial y partes cubiertas de maleza.

Hacía cincuenta y tantos años que no veía descubierto. En mi memoria vienen y van recuerdos sobre este lugar.

# Capítulo 6

## Noches de convivencia

¿Cómo no recordar a nuestros vecinos, a quienes verdaderamente conocíamos como amigos, cómo eran y cómo vivíamos? Y aquella costumbre de las familias de salir con nuestras sillas a las banquetas, después de cenar, como a las ocho de la noche. Era común en todo Monterrey ver a la gente platicando de esta manera; era una comunicación sana.

Mi calle no era la excepción. En tiempo de calor se charlaba sobre los acontecimientos del día. Mamá, a quien le decían doña Panchita; Vique y don Ismael Garza Cantú; doña Julita y sus hijos; doña Nico; Lupita; Toña y Vale Armendáriz Arizpe; doña Esperanza Valles de Nájera; don Felipe y Esthercita Morales Alcocer, papás de mi cuñado Felipe, quien contrajo matrimonio con mi hermana María Engracia; la familia Escalón. Por supuesto, la algarabía la hacíamos la chiquillería: Ramiro, Meme, Chatis, Paco, Manuel, Emilio, Chencho, Canuto, Rosy, Socorro, César, Chabelyn, Ada, Gracia, Francisco, Lila, Flor y yo. A las jóvenes como Irma, mi hermana, y Catalina y Chela Escalón, se les veía platicando en las esquinas con los novios, siempre a la vista de los papás, mientras los niños jugábamos a las rondas, a la bebeleche, a las escondidas, a los encantados, a la roña, a la gallina ciega. Le vendábamos los ojos a alguna de nosotras, le dábamos vueltas y después tres niñas se la llevaban hasta el frente, y ahí la dejaban. Luego ella contaba hasta diez, antes de destaparse y, cuando lo hacía, gritaba de miedo pues la habían dejado entre las veredas, donde había mucha hierba, árboles y maleza, y estaba muy oscuro, por lo que echaba a correr hacia su casa, atravesando la calle.

Cuando menos queríamos, se escuchaba el silbato de la Fundidora: cinco para las diez de la noche; eso significaba que debíamos dejar de jugar y meternos a nuestras casas para dormir ya que, al día siguiente, los niños teníamos que ir a la escuela y los adultos al trabajo. En ese momento parecía que había un desfile por mi calle pues, para muchos de los obreros que trabajaban en la Fundidora, ese silbato anunciaba que era la hora de

entrada y, como no debían llegar después de las diez de la noche, corrían los que iban a pie, pedaleaban más rápido los que iban en bicicleta. Los camiones Fundiciones y Keramos pasaban repletos en ese rato. Una anécdota que nos dio mucha risa fue cuando mi hermana Lila observó a un trabajador que iba en su bicicleta y otro muy gordito que corría por la calle; entonces éste le gritó al de la bicicleta:

— Hey!, dame un aventón.

El de la bicicleta no le hizo caso, pero el gordito echó un brinco y se subió a la parrilla por detrás. En ese momento, la llanta de la bicicleta se hizo un ocho, y tuvo que pararse el que manejaba pues ya no pudo avanzar. Por más esfuerzo que hacía para enderezarla ya no logró hacerlo. Mejor cargó la bicicleta bajo el brazo y echó a correr. No cabe duda, fueron tiempos inolvidables.

## La acequia, nuestra Venecia

Sin duda, la acequia era uno de mis lugares preferidos para ir a jugar con mis amiguitas. Ahí se conjugaba la naturaleza en todo su esplendor: había agua, sol, árboles, maleza, pececillos, por lo que, al salir de la escuela, ya por las tardes, y después de cumplir con mi tarea, cruzaba la calle para irme a caminar por las veredas que había entre la espesura, hasta donde se encontraba la acequia, un canal donde corría agua. Años más tarde supe que ese derrame venía de los Ojos de Agua de Santa Lucía, que nacen en el cruce de las calles Allende y Zaragoza.

Según su historia, los veneros grandes se ubicaban donde hoy se encuentra la avenida Cuauhtémoc, entre Matamoros y Juan Ignacio Ramón. Este derrame de agua iba a dar hasta el canalón, el cual pasaba por debajo de las calles Zaragoza y Juan Ignacio Ramón. Arriba, en estas calles, se encontraban el teatro Rex, el restaurante Fornos, Mercantil Martínez y diversos comercios. El canalón seguía bajo las calles Zuazua, Doctor Coss, Arista, Doblado, Diego de Montemayor; tomaba hacia el oriente de la ciudad, pasaba por las antiguas tenerías que ocupaban ese derrame de agua para lavar las pieles, cruzaba Félix U. Gómez hasta Manuel María de Llano, se iba por la orilla de la barda de la fundición de Peñoles, a la altura de la calle Batallón de San Blas, en la Colonia Obrera; luego comenzaba el matorral muy espeso y de ahí solamente puras veredas.

El agua se iba por un canal o acequia y, en el fondo, había mucho lodo muy espeso, puesto que también recibía el agua de deshecho que tiraba Peñoles. Había un tubo que salía por detrás de la empresa y daba hacia el canal. Por ahí salía mucha agua: se veía a veces clara, amarilla algunas otras. Mi hermana Irma nos decía que no debíamos tomar de esa agua porque tenía veneno.

De esta acequia guardo bonitos recuerdos. Había un lugar, rodeado de maleza, cuyo piso era de concreto: era la tapa del drenaje pluvial; hoy sería a la altura de la calle Montes de Oca o diagonal Asarco, unos

quinientos metros antes de llegar a la avenida Constitución. El agua ahí se veía muy cristalina, era un sitio que nos servía de pila para que la chiquillería tomara un buen baño en tiempo de calor.

Mi amiga Rosalba Delgadillo González, “Rosy”, y yo, teníamos como ocho años el día que me preguntó:

— Oye, Inés! ¿Y ahora a qué jugamos?

Mi amiga decía que yo tenía muchas ideas. Me puse a pensar un rato y le contesté:

—Vamos a jugar a que nos íbamos a pasear en una barca, como nos platica la maestra de allá de Italia, en Venecia.

A lo que ella replicó:

—Pero, ¿cómo?

—Mira, necesitamos un baño muy grande y unas escobas.

Rosy ya se había cambiado de casa a la esquina de Adolfo Prieto y Montes de Oca, lado sur; una casa que ahora no existe: hoy se encuentra instalada ahí una empresa. Precisamente donde terminaba el patio de la casa de Rosy pasaba la acequia. Y me dijo:

— Ya sé! Mi mamá (Julita, que en paz descanse, a quien aprecié mucho) acaba de comprar un baño para lavar ropa y está muy grande.

Fuimos a verlo: en realidad era muy grande, las dos cabíamos en él y sobraba espacio. Como nos faltaban las escobas, Rosy corrió y trajo una que estaba nueva y otra de su tía Rebeca, que vivía al lado. Entre las dos llevamos el baño y cada quien una escoba, y nos dirigimos hasta el final del patio. Batallamos un poco porque el baño no cabía por la puerta que daba a la acequia pero, haciendo un esfuerzo, pudimos sacarlo. Una vez que estábamos en la orilla de la acequia, aventamos el baño y éste comenzó a flotar. Entonces, con una escoba, lo alcanzamos, lo arrimamos a la orilla y lo detuvimos con ambas escobas. Le dije a Rosy:

—Bueno, contamos tres y echamos el brinco. Cuando estemos arriba, con las escobas remamos en el agua y nos paseamos por la acequia.

Así lo hicimos.

—A la una... a las dos... y a las tres!

Saltamos al mismo momento, caímos dentro del baño y, oh, sorpresa!, nos hundimos. El baño se llenó de lodo y agua. Tuvimos que bajarnos entre lo cenagoso del lugar. Sentíamos que nos resbalábamos, ya que andábamos descalzas, y al fin pudimos salirnos, pero sin el baño, pues éste se quedó hundido, y las escobas, que eran los remos, que utilizamos para salir, se echaron a perder. Al final, Julita anduvo como una semana buscando su baño y su escoba, mas nunca los encontró. Cada vez que recordábamos esta aventura nos daba mucha risa, pero jamás dijimos que

nosotras fuimos las causantes de la pérdida del baño y de las escobas: sabíamos que nos darían una buena regañada.

Por este hecho, pienso que fuimos Rosalba y yo quienes por primera vez visualizamos la acequia para ser utilizada como canal de paseo, como el que hoy en día se está realizando para lograr que el derrame de agua de los Ojos de Agua de Santa Lucía sea un lugar turístico de primera en nuestra ciudad. Ojalá y me toque ver realizado este proyecto, sería maravilloso recordar que un día dos niñas soñaron navegar por este canal, pensando que era como los que hay en Venecia, Italia.

No cabe duda de que los sueños de los niños pueden, a veces, convertirse en realidad.

En la acequia se criaban peces. Mi hermano Francisco y yo sacábamos muchos, chiquitos, como charales. Nos llevábamos una buena cantidad a la casa; los lavábamos muy bien y Francisco, el cocinero, ponía una sartén con manteca de puerco y luego los doraba en la estufa. Ah, qué manjar tan sabroso, con tortillas de maíz recalentadas y un poco de sal! Aún me saboreo.

Un hecho que enlutó nuestra alegría fue aquel que ocurrió cierto día en que se fueron a bañar a la acequia mi hermano Francisco y su amigo Guadalupe García, quien vivía por la diagonal Asarco. Al momento en que mi hermano se tiraba un clavado, Lupe salía del agua, y recibió un golpe en la barba con la cabeza de Francisco. Los dos salieron de la acequia apresurados: Lupe sangraba. Lupe se fue a su casa y ahí le pusieron un curita, mas nunca le dijo a su mamá que se andaba bañando en la acequia. Esto fue en la tarde. Como a las ocho de la noche ya estaba tendido, muerto, pues le sobrevino un tétanos. Creo que, después de este acontecimiento, pocas fueron las veces que fuimos a bañarnos en la acequia. Pero fuimos varias veces más a mojarnos los pies.

## Capítulo 8

### El agua de la acequia

Toda esta agua canalizada en la acequia desembocaba en unas parcelas que había dentro de las instalaciones de Fundidora, las cuales eran cuidadas por unos chinos. Decían que los señores Prieto les habían prestado esos terrenos para que ahí sembraran hortalizas, lo que era del agrado de todos los que habitábamos la Colonia Obrera y otras alledañas, que estaban frente a la Calzada Madero, a la altura de la Fundidora, pues los domingos íbamos con nuestros mayores a comprar muy barata la verdura para la semana. Ahí se daban zanahorias, rabanitos, nabos, lechugas, repollos, calabacitas, elotes y muchas otras verduras muy frescas y bonitas. Mis hermanas, mis amiguitos y yo sacábamos las zanahorias más grandes y nada más les sacudíamos la tierra. Ni quién pensara que pudieran tener amibas o algún otro bicho. Estaban tan bonitas y sobre todo tan sabrosas que así nos las comíamos sin pensar en otra cosa que no fuera saborearlas.

Otra de las anécdotas que, sobre los chinos que habitaban el lugar, contaba la gente que vivía en la colonia, era que fueron ellos quienes trajeron los árboles de mora. En las calles de la Colonia Obrera, las moreras se veían por todos lados y, en tiempo que echaban fruto, las banquetas se cubrían de color morado o blanco de la cantidad de moras que caían al suelo. Decían que en estos árboles se criaban los gusanos de seda que, al expulsar una secreción por unas glándulas especiales, forman unos capullos que llamamos cargapalitos, cuyo interior se cubre con hilos a modo de telaraña y sirven para hacer la seda.

El agua de la acequia, aparte de brindar humedad para las hortalizas, también era un descanso a la vista, ya que otro ramal de esta corriente pasaba por un lado de la casa donde vivía la familia Rivera. Este ramal atravesaba por debajo de mi calle hacia Francisco Márquez, donde terminaba la calle Isaac Garza. Por esta zona, el ramal hacía un recodo que lo hacía más profundo. Era más difícil caminar por ese lugar debido a que

no había veredas; estaba tupido de maleza, principalmente de carrizo. Si uno seguía su cauce, el agua llegaba hasta Aceros Planos y se adentraba en sus instalaciones. Esto se situaba detrás de donde hoy se ubica el restaurante Florian. En esos rumbos existían varias casas de madera y, para llegar, atravesábamos un puentecito sobre la corriente. Las casas que ahí se ubicaban pertenecían a la acerera y se las prestaban a los trabajadores. Una de esas viviendas pertenecía a la familia González. Recuerdo a doña Julia, mamá de Raquel González, amiga de mi hermana Irma. Cuando llegaban los días de Navidad, la chiquillería se reunía en casa de doña Julia, donde festejaban las posadas que iniciaban desde el día 16 de diciembre. Así transcurrían nueve días de fiesta, sin que faltaran las piñatas o las bolsas de dulces para los niños. Después del rosario, doña Julia colgaba la piñata para que pasaran chicos y grandes a pegarle. Quebrada la piñata, nos repartían las bolsitas con dulces, cacahuates y naranjas, después se ofrecía una cena para los que habíamos asistido.

Cuando se terminaba la cena, comenzaba el baile para los adultos; claro, yo me quedaba a ver cómo se divertían las parejas bailando, entre ellas Raquel, Luz Torres, mi hermana Irma y las jóvenes de la colonia. Me parece escuchar aquellas melodías que tocaban las orquestas de la época: Mariano Merceron, Pérez Prado, Gustavo Rubio Caballero. También recuerdo que me gustaba ver el enorme nacimiento que ponía doña Julia en la sala de su casa, el cual abarcaba medio cuarto. Ahí me pasaba el tiempo viendo a los pastores con sus rebaños de ovejas, a las casas entre lomas de los vecinos, todas alumbradas, celebrando con banquetes, algunas parejas bailando, puentes por donde pasaba agua que era canalizada y corría hasta llegar a un pequeño lago donde había patitos y pececillos. Recuerdo el pozo de la Samaritana, los Tres Reyes Magos, la Estrella de Belén, el Misterio –José, María y el Niño–, a la mula y a la vaca echadas, las figuras de aldeanos cargados con frutas. Todo tan bien acomodado que mi imaginación volaba y pensaba que así debió haber sido el nacimiento del Niño Jesús en su pesebre.

A las doce de la noche se terminaba el baile y cada quien se retiraba a su casa. Como eran varios los vecinos que asistíamos, el regreso a nuestros hogares era muy bonito: caminábamos bajo el frío de la madrugada y platicábamos durante todo el trayecto.

## Capítulo 9

### La escuela

En 1946, mis hermanos Francisco, María Engracia y yo fuimos matriculados en la escuela Profesor Conrado Montemayor, la cual se encontraba dividida en tres casas: los salones primero y segundo se encontraban por Adolfo Prieto, cruz con Batallón de San Blas, lado sureste; tercero y cuarto, en la esquina de Juan de la Barrera, lado sureste; enfrente, en la esquina lado noreste, quinto y sexto. Posteriormente, la escuela se trasladó a Adolfo Prieto y Carretera Nacional, hoy avenida Conchello. Luego la derribaron y en ese lugar hoy se ubica un estacionamiento frente al Hotel Antaris. La escuela finalmente quedó ubicada por la calle Juan Escutia y M. M. del Llano.

Eran aquellas épocas donde los padres enseñaban a los hijos a tener respeto por los profesores, orden que era obedecida, aunque a veces nos llamaban la atención o nos daban reglazos en las manos. A veces, después de que el maestro nos pegaba con la regla, los alumnos contestábamos "gracias". Nuestros mayores decían que si las maestras -y digo maestras porque en esa escuela había solamente mujeres- procedían de esa forma, era porque nosotros desobedecíamos alguna orden, así que no valía el que fuéramos a decir que nos habían pegado en las manos con la regla o que nos habían dado algún castigo. A mi memoria viene el recuerdo de algunas de mis maestras: Ernestina González, Conchita, María de la Luz Obregón, Dieguita Martínez y la directora, María Elena Garza Lozano. En segundo año tuve una maestra de nombre Aída. A ella sí le tuve miedo porque era muy regañona. A todos los alumnos nos daba reglazos. Yo consideraba que era injusta. Cada vez que llegábamos al salón nos gritaba y, si veía que algún compañero no la atendía, tomaba el borrador y se lo aventaba en la cabeza. A veces les caía en la cara y los niños salían con un ojo morado. A ella debo el que, en algún momento, batallara mucho para aprender gramática. Recuerdo a una compañerita que se ponía muy inquieta y lloraba cuando le hablaba; aunque se esforzaba por aprender

las explicaciones de la maestra, los nervios no la dejaban contestar bien y la maestra iba hasta su pupitre, la tomaba de los cabellos trenzados, se la llevaba caminando y luego la aventaba contra el pizarrón. Creo que esa niña dejó de ir a clases. Bueno, eran épocas cuando no se establecían los derechos de los niños que hoy tenemos vigentes. A veces considero que esto tiene sus pros y sus contras, ya que ha ido disminuyendo el orden paterno. Hoy es muy común observar, en algunas familias, cómo los menores se enfrentan con sus maestros o sus padres. Cuando éstos les llaman la atención porque desobedecen, inmediatamente el menor contesta y reclama sus derechos.

En tiempo de exámenes, en la primaria, iban maestros de la Dirección General de Educación Pública a realizar inspecciones para saber el avance escolar de los alumnos. El inspector era el profesor Buenaventura Tijerina. Llegaba a cada salón, donde todos los alumnos nos encontrábamos sentados muy correctamente en nuestros bancos; luego escogía a varios de nosotros para que contestáramos las preguntas que nos hacía. Creo que esto ya no se realiza en las escuelas, pero antaño era la forma de examinar tanto a maestros como alumnos. No quiero dejar pasar por alto las kermeses que se realizaban en la calle, a la altura de Juan de la Barrera, donde se encontraba la escuela, y a las que asistía la gente de la colonia y sus alrededores. Eran muy divertidas, tenían diversiones para los niños y, para los jóvenes, el baile. Las orquestas tocaban las melodías de moda y las niñas ayudábamos a vender los boletos para el baile. Sin duda son recuerdos bonitos.

En el año de 1950, cuando cursaba el cuarto grado de primaria, por primera vez esta escuela ofreció desayunos escolares para alumnos de escasos recursos; fueron de mucha ayuda, sobre todo para las familias grandes.

Cabe destacar que en esos años se encontraba, como gobernador del estado de Nuevo León, el doctor Ignacio Morones Prieto, y el presidente de la República era el licenciado Miguel Alemán Valdés. En una ocasión llegó a nuestro salón de clases la directora María Elena Garza y nos dijo: —Van a salir a la calle en forma ordenada porque va a pasar el presidente de la República, para que le digan adiós.

Ya en la banqueta toda la chiquillería, pasaron unos carros negros muy bonitos y comenzamos a saludar. Se abrió una ventanilla de uno de los vehículos y un señor nos contestó el saludo levantando la mano. Se trataba del presidente Miguel Alemán Valdés. Todos estos vehículos se dirigieron con rumbo a Fundidora.

Recuerdo que yo me levantaba muy tempranito porque ayudaba a la profesora María de la Luz Obregón a servir los desayunos en las dos largas mesas de madera que instalaba en el patio de la escuela. Los desayunos consistían en un pocillo de peltre con un cuarto de litro de leche fresca, un mollete y un plátano, naranja o manzana. Todo era para treinta o cuarenta niños, quienes tomábamos el desayuno a un simbólico costo de veinte centavos. Dada la época que se vivía, cuando solamente la pieza de pan costaba veinte centavos en una panadería común, los desayunos escolares eran de mucha ayuda para los padres. Había familias conformadas a veces por once o catorce hijos, lo cual hacía que el sueldo de los padres apenas alcanzara para ciertas necesidades; así que, con los desayunos, muchos niños fuimos beneficiados. En mi caso, como le ayudaba a la maestra, el desayuno me salía gratis. Era un placer saborear aquella leche tan rica y fresca.

También recuerdo cuando, por primera vez en Monterrey, se estableció la panificadora Bimbo. Llegaron unos señores a la escuela en una camioneta, y luego fueron pasando a cada salón a regalarnos unas bolsitas con pan y unos ositos blancos de plástico con un paquete de pan bajo el brazo. Me llamó mucho la atención ese regalito, pues muchos niños de la época no recibíamos regalos tan seguido. Eso se me quedó grabado como un bonito recuerdo que guardé por muchos años, hasta que el tiempo deshizo a mi osito.

En 1952 terminé mi primaria. Recuerdo a esta escuela con cariño porque me dio una buena educación a pesar de que solamente teníamos un libro de texto por año. Todo lo demás lo dictaban las maestras y nosotros escribíamos en un diario, donde se resumían las clases de historia, civismo, matemáticas, geografía, gramática, el cuerpo humano, etcétera. Al paso de los años, en una ocasión, mi hijo Raúl Salvador, cuando estudiaba odontología, me estaba platicando sobre los huesos que tiene el cráneo y le dije:

—Yo sé dónde se encuentran los huesos en la cabeza, también los maxilares inferior y superior.

Mi hijo me preguntó si yo conocía esto y le respondí:

—Sí, lo estudiamos en la primaria.

Se quedó sorprendido de que tuviera esos conocimientos y, sobre todo, de que los hubiera aprendido durante la primaria. Hoy en día, en todos los años escolares se lleva un libro por cada tema o materia: a los niños les cuesta trabajo cargar su mochila con tanto libro.

Cabe destacar que la profesora María de la Luz Obregón de Díaz (q.e.p.d.), en años posteriores, fue reconocida por su trayectoria como

maestra en educación primaria y, en el municipio de Benito Juárez, Nuevo León, existe una escuela que hoy lleva su nombre. Algunos de mis compañeros de primaria fueron Rosalba Delgadillo González, Evangelina Cortés, Eva González, Rebeca Laureano, Martha Morales, Socorro Vales Nájera (q.e.p.d.), Adela Munguía (q.e.p.d.), Guillermina Altamirano, Mario Rivera, José María Garza y Nicolás Díaz Obregón, hijo de la profesora María de la Luz Obregón y quien años más tarde fungiera como presidente del Tribunal Superior de Justicia en el estado de Nuevo León. A todos ellos y a aquellos otros que nos precedieron dedico el recuerdo de nuestra infancia en aquellos salones donde nos sentaban de dos en dos en nuestros bancos de madera y, a veces, por descuido, se nos caía el tintero y se derramaba la tinta entre nuestros cuadernos, y teníamos que volver a realizar nuestra tarea.

# Capítulo 10

## La Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey

Es importante hacer notar que mi calle tuvo vida gracias a la Fundidora de Fierro y Acero. De no haber existido, aquellas imágenes guardadas en mi memoria hubieran sido en blanco y negro, mas era tanto el calor humano que esta industria generaba que, cual rayos de sol, se expandió a los cuatro puntos cardinales de nuestro Monterrey. Su cenit, bañado de candente acero, hizo resplandecer de colores el frente de mi calle.

Durante los años que viví por Adolfo Prieto, de 1946 a 1963, muchos fueron los personajes nacionales e internacionales que recorrieron esta avenida para visitar Fundidora. Por mencionar algunos de ellos: los expresidentes de México Miguel Alemán Valdés, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos; varias delegaciones y otros extranjeros quienes, en comitiva y a bordo de lujosos vehículos, pasaron por este lugar. Estos hechos realzan a mi calle como avenida histórica en nuestra ciudad ya que, así como hombres y mujeres ilustres pasaron por este lugar en el pasado, en el futuro lo seguirán haciendo por todos los eventos de carácter social, político y cultural que se realizan en el Parque Fundidora.

Otro de los lugares que visitábamos a diario era la cooperativa de la Fundidora, la cual se ubicaba en donde hoy se encuentran el hotel Antaris y el restaurante Florián. Ahí iban los trabajadores y sus familias, o los que vivíamos alrededor a comprar la carne, puesto que ahí había una carnicería, así como una tienda de abarrotes que vendía la mercancía más barata. Los sábados por las noches acudíamos al segundo piso a ver películas: las de Charles Chaplin; las de Tarzán, el Hombre Mono; las de El Gordo y El Flaco; y también obras teatrales, como la de Juan Charrasqueado y otras que escenificaban.

En el año de 1950 se celebró el 50 aniversario de la fundación de esta empresa en el parque España, festividad que se gravó en mi memoria, pues era la primera vez que asistía a un evento tan lucido. Se presentaron varios artistas, pero del que más me acuerdo es del Panzón Panseco, porque

nos hizo reír mucho. Regalaron refrescos y, por primera vez, conocimos las cajas con pollo frito y pan, que los niños saboreábamos con placer. Las casas de Fundidora, que se ubicaban dentro de sus instalaciones, tenían una estructura antigua; hechas de adobe y con pisos de cemento, estaban compuestas de tres cuartos grandes y un pequeño patio. En el año de 1963 mi esposo, Óscar Francisco del Toro Pérez (q.e.p.d.), tuvo la oportunidad de ingresar a trabajar en las oficinas de esa empresa y así obtuvo una de las casas que otorgaban como prestación a sus empleados. La escuela Adolfo Prieto, que también se encontraba dentro de las instalaciones de Fundidora, ubicada frente a la calzada Madero, fue una de las primeras en Monterrey en impartir la educación primaria para los hijos de los trabajadores. Tanto los señores Prieto como los maestros se esforzaban para que el alumno tuviera un aprendizaje de primer nivel. Me hubiera gustado estar en esa escuela, pero solamente asistían los niños que tuvieran familiares trabajando en Fundidora y, en esas fechas, en mi familia no los había. Mamá platicaba que su papá, Pablo Hernández Oviedo, trabajó un tiempo ahí, allá por los años veinte, y regresó posteriormente al pueblo. Sin embargo, años más tarde, mis hijos tuvieron oportunidad de cursar sus primeros años en esa escuela.

La maternidad María Josefa, ubicada en la misma colonia, era otra de las prestaciones que otorgaban para las esposas de los empleados de Fundidora. Esto me dio la oportunidad de ser atendida por los doctores Abelardo Salas Guerra y Arroyo Llano, con cuatro de mis cinco hijos. Una atención de primera, tanto por los médicos como por sus enfermeras. Al auditorio Acero asistíamos a los eventos que se realizaban, como los organizados por las escuelas por alguna fecha conmemorativa. Recuerdo a mis hijos chiquitos en algún bailable, como a mi hija Michela, como le digo a Maricela, un 21 de Marzo, entrada de la primavera. Estaba en el jardín de niños, iba vestida de florecita y, cuando abrieron el telón, todos los niños comenzaron a bailar. Solamente Michelita se quedó sentada en medio del foro llore y llore. Se veía tan tierna que hasta me puse a llorar con sólo verla. Luego le pregunté por qué había llorado y respondió: —Es que no veía a mi papá.

Cuando mi esposo dejó de laborar para la Fundidora tuve oportunidad de conversar telefónicamente con don Carlos Prieto Jacqué, a quien agradecí sus atenciones. Puedo calificarlo como una persona amable, con una calidad humana extraordinaria, difícil de encontrar en estos tiempos. Sirva este espacio para mostrar mi gratitud y respeto a don Carlos Prieto Jacqué y a sus antecesores que, como hombres visionarios, crearon un emporio empresarial en nuestro Monterrey. Aun cuando ya no existe,

Fundidora fue pionera en cimentar una economía considerable en nuestro país, sorteando los colapsos financieros muy fuertes que dejaron la primera y la segunda guerras mundiales. Fueron años difíciles para el mundo en general, pero la Fundidora ahí estaba presente con su símbolo, un elefante, que parecía reforzar las estructuras del tiempo.

Cómo olvidarte, Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, si diste vida a mi calle. En mi memoria quedó el recuerdo de cuando veíamos pasar de prisa a aquellos hombres vestidos con su overol de mezclilla color azul, su camisa gruesa, su pañuelo rojo atado al cuello, su casco bien plantado y sus zapatos de minero, al escuchar los silbatos que anunciaban la entrada a su trabajo.

## **Mi calle, medio de comunicación federal y ciudadano**

La calle Adolfo Prieto fue vía de paso federal, ya que la Carretera Nacional terminaba en Félix U. Gómez. Circulaban por esta avenida autobuses, camiones de carga y vehículos particulares, que viajaban o llegaban del sur: Tamaulipas, San Luis Potosí, Puebla y México, D.F. Aún no existía la Carretera Central, que hoy cuenta con autopistas y acorta distancias.

De cuando vivíamos en el 2409 recuerdo que en la banqueta había un árbol de moras, muy grande y frondoso, que en tiempo de calor hacía mucha sombra. Ahí estacionaba su motocicleta un policía federal de caminos. Cada vez que algún camión venía de Linares o de Montemorelos, el oficial le hacía señal de alto al chofer para que se detuviera y le solicitaba alguna papelería. En ese instante, mi vecino César y yo nos subíamos al camión de redilas usando las tablas de atrás a modo de escalera. Una vez que estábamos en lo alto, tomábamos las naranjas que llevaba el camión y luego las aventábamos a la chiquillería que estaba abajo. Cuando el camión comenzaba a caminar, nos bajábamos aprisa. El resultado: todos comían naranjas y yo los veía. César era más listo porque él se amarraba la camisa en la cintura y luego se echaba las naranjas por la parte de arriba del cuello. Parecía un globo lleno de bolas. Todo esto lo hacía sin permiso de mis mayores porque, de saberlo, nunca me hubieran dejado subirme a esos camiones. Un día el oficial no tardó en revisar los documentos del camión y éste comenzó a caminar. Entonces le dije a César:

—Oye, ahora cómo nos bajamos.

Y él me contestó:

—Cuando dé la vuelta en Montes de Oca disminuye la velocidad, o hasta el mercado Juárez, ahí nos bajamos.

Como desconocía la dirección que tomaba el camión, tan pronto dio vuelta en Montes de Oca me impulsé y salté, y ya no supe más, hasta que

desperté en la casa cuando el doctor Héctor Moreira me revisaba y le decía a mamá:

—Lo bueno es que esta niña se impulsó para brincar; si no, hubiera caído debajo de las llantas y no la estaríamos contando.

Ésa fue la última vez que me subí de ese modo a un camión, pues ya no me dejaron hacerlo.

No puedo negar que, cuando veía a los policías frente a mi casa, me daba miedo. Quizá era el uniforme o el arma que portaban en la cintura; o bien, su estatura: se veían muy altos. No me imaginaba que, al paso de los años, en 1978 para ser exacta, tendría la oportunidad de trabajar para la Policía Federal de Caminos, con el grado de Sargento Segundo, Taquígrafo Cartógrafo. Una etapa difícil de olvidar. Era una convivencia de arduo trabajo que involucraba a todos los elementos que servíamos a la institución en aquel espacio de la comandancia, ubicada por la avenida Ocampo, en el centro de Monterrey. Aquellos compañeros que aún están presentes y aquellos que ya partieron, siempre los llevaré en mi memoria por aquel respeto y aquel cariño demostrado hacia mi persona.

En lo que se refiere al transporte ciudadano, al término de la calle Adolfo Prieto, hacia el oriente, donde quedaba la entrada a Fundidora, había una rotonda: ahí se encontraba la parada de los camiones Fundiciones, color amarillo, donde bajaban y subían los trabajadores. Estos camiones circulaban hacia el sur y bajaban por una calle pavimentada, hoy Carretera Nacional, que tenía un declive pronunciado y era lateral a las instalaciones de la empresa. Nos sirvió a toda la chiquillería para aprender a andar en bicicleta. Nos gustaba mucho ir por esa avenida, la sensación de bajar tan rápido era incomparable, aunque a muchos nos costó darnos muy buenos raspones o golpes en brazos y piernas. A modo de puente, existía un vado, que era un promontorio más alto, hecho de piedras y tierra del río Santa Catarina; cuando llovía mucho, los vehículos batallaban para pasar, ya que muchas veces el agua se llevaba el vado, el tráfico paraba y no había salida ni entrada. La ruta de Fundiciones llegaba hasta la colonia Buenos Aires, que está frente al parque España, de ahí se regresaba nuevamente a Fundidora y se iba por la calle Adolfo Prieto, luego Tapia, hasta llegar a Zaragoza, donde daba vuelta hacia el sur al final de la plaza del mismo nombre, daba vuelta por la calle Doctor Coss hasta la calle Tapia, y regresaba a Fundidora. Posteriormente llegó otra ruta de camiones de color blanco, que se llamaba Keramos. Éstos circulaban hasta la entrada a Fundidora, sólo que dicha línea recorría la zona norte de la ciudad. Pasaba por las calles de Guerrero y Cuauhtémoc, ahí se asentaban varias de las empresas pioneras: American Smelting, Keramos,

Plaza de Toros, Cervecería Cuauhtémoc, Famosa, Empaques de Cartón Titán. Estaba también el parque de beisbol. Recuerdo que la calle Cuauhtémoc, casi a la altura de la diagonal Luis Mora, estaba llena de vías, pues por ahí pasaba el ferrocarril hacia estas empresas. Ahí había una zona de alto, con una pluma manejada por un encargado: cuando venía el tren la bajaba, y no pasaban los vehículos.

No quiero pasar por alto que por estos lugares se localizan los jardines de la Cervecería, donde había unas bancas que parecían troncos de árbol. Fueron diseñadas y hechas de cemento por mi querido hermano Isidoro Ruiz Hernández (q.e.p.d.), trabajo que en su momento fue elogiado y felicitado por el señor don Eugenio Garza Sada, porque eran de aspecto rústico y se veían muy bonitas. No sé si a la fecha se encuentren estas bancas, pero más de una persona las notó en su momento.

También recuerdo el parque de beisbol. De niña acudí varias veces y posteriormente lo hice con mis hijos para ver algunos juegos de los trabajadores de Fundidora contra los de otras empresas. Era uno de los lugares a donde la gente asistía en sana diversión para ver los juegos que ahí se realizaban. Ahí conocí a “La Mala Torres” en uno de sus juegos famosos. Ojalá que volvieran esos tiempos y la juventud tomara en cuenta este deporte como lo hacíamos antaño.

La avenida Cristóbal Colón, por donde circula hoy el metro, no existía: era solamente paso del ferrocarril cubierto de vías. La estación se encontraba donde actualmente se localiza la Casa de la Cultura, entre Emilio Carranza y Galeana. Las vías seguían por toda esa avenida hasta llegar a la calle Félix U. Gómez y daban vuelta hacia el sur, pues ahí se encontraban algunas empresas como la Mantequera, entre Isaac Garza y Jerónimo Treviño. Esas vías seguían hasta Peñoles, ubicada en el término de las calles de Manuel María de Llano y Aramberri, donde hoy se ubica un puente elevado. Otras vías también llegaban a la Fundidora de Fierro y Acero. Algunos trenes llevaban unas plataformas que servían para sacar de Fundidora unas planchas muy grandes de acero al rojo vivo que, al pasar por las calles, despedían un calor muy intenso.

# Capítulo 12

## Avenidas y calles pioneras en el comercio

Recuerdo particularmente las del primer cuadro: Juárez cruz con Aramberry, donde inicia el número 100, en sus cuatro puntos cardinales. No muy lejos de estos lugares se ubicaban el Palacio Federal, que también ha sido de Correos, y el Palacio Municipal; los Mercados Juárez y Colón, este último hoy desaparecido; templos, mueblerías, farmacias, hospitales, tiendas de ropa, mercerías, ferreterías, lugares de diversión tales como cines y teatros, distribuidoras de automóviles, bancos, estudios fotográficos, talleres y refaccionarias, entre ellas La Moderna, donde trabajó como secretaria y cajera mi hermana Rosa Irma. Esta refaccionaria se encontraba situada por la calle Isaac Garza y Juárez al oriente. Posteriormente su dueño, el señor don Jesús Pérez González (q.e.p.d.), puso la matriz de esta misma empresa en un edificio de su propiedad, que aún se ubica en la esquina de las calles Cuauhtémoc e Isaac Garza, con varias sucursales instaladas en diferentes puntos de la ciudad y algunos municipios del área metropolitana. Muchas fueron las personas que trabajaron para esta empresa, e incluso mi hermano Francisco. Así como antaño, los que ahora laboran en ella dependen económicamente de esta empresa para mantener a sus familias. Un reconocimiento a estos negocios, pioneros en el comercio, puesto que con su aporte dieron realce y riqueza pública a nuestra ciudad.

En la avenida Villagrán, cruz con Treviño, había un local donde vendían tepache. Esta bebida se prepara con la cáscara de la piña y agua; al guardarlo en un recipiente cerrado durante algún tiempo, se vuelve vinagre. Ahí la servían con mucho hielo, chile en polvo, un platito de cueritos curtidos y galletas saladas. Al parecer, los dueños eran de Concepción del Oro. Este negocio duró varios años y mucha gente del área metropolitana acudía a saborear este refresco en tiempo de calor.

Los restauranteros de mariscos se hicieron presentes en esta avenida: La Jaibita, La Ranita, Suez, que aún existen, hicieron famoso el lugar, adonde la gente acude a degustar los platillos que ofrecen.

Por las noches, a eso de las siete de la tarde, por la avenida Treviño, se asentaban varios taqueros, como a la fecha se observan, que eran y son el deleite de familias y trasnochadores. Ahí se venden los tradicionales taquitos rojos tostados de papa y frijoles, los cuales se sirven cubiertos de lechuga, con una salsa bien picante y un plato de cueritos curtidos, así como otros antojitos. Es una tradición reconocida en esta ciudad desde hace varios años.

Por la misma avenida, en la esquina de Aramberri se ubica el teatro María Tereza Montoya, contraesquina de la famosa Alameda. Este teatro se distinguió porque fue uno de los primeros en montar obras con artistas que traían desde México. Todavía a la fecha se utiliza como escenario con artistas de la localidad. Aquí asistí a la obra 400 aniversario de Monterrey, una de las últimas intervenciones en el teatro de Eulalio González "Piporro", un gran artista muy querido por los regiomontanos.

Otro lugar que fue reconocido como paseo y avenida fue la calzada Madero. Allá por los años cuarenta, ofrecía diversión turística y comercial, ya que tenía un aspecto agradable el verla cubierta de frondosas palmeras y rodeada por jardines de coloridas flores de aroma sutil. Muchos tuvimos la oportunidad de admirar este panorama, algunos sentados en las bancas que se encontraban situadas entre las palmeras y las jardineiras, o bien, como en mi caso, jugando o correteando de un lado a otro mientras mi hermana Irma descansaba después de algunas compras por las tiendas de las aceras sur y norte. En la actualidad, esas palmeras y esas bancas ya no existen, debido a cambios en la estructura del lugar. Los hoteles y los comercios que perduran han sido testigos de los cambios en lo que otrora fue un hermoso y tranquilo parque: la Calzada, como le llamamos, avenida del antiguo y moderno Monterrey, por la que circularon desde los automóviles apodados fortingos, hasta los modernos y sofisticados Camaro.

Acudíamos a las salas del cine Reforma, al que actualmente están derrumbando tras un incendio. La Terraza Mexicana, ubicada al lado oriente de este cine, era uno de los lugares donde se efectuaban algunos eventos de carácter familiar. Ahí celebramos la entrega de nuestros diplomas como secretarías y contadoras de comercio por la Academia Comercial General Treviño. También existían otros cines como el Maravillas, el Lírico y el Florida. Quienes conocimos este último cinema recordamos su arquitectura, porque su interior estaba conformado de diversos balcones

que sobresalían hacia los lados y, al apagarse la luz, en el techo se veía un cielo cubierto de estrellas; daba la impresión de encontrarse al aire libre, bajo una noche tachonada de estrellas. Muy hermoso y elegante, el edificio también era utilizado como teatro para la ópera. Bajos, barítonos, tenores, contraltos, mezzosopranos y sopranos, algunos traídos desde Europa, hacían vibrar los oídos de quien los escuchaba. Por lo regular ahí se reunía la crema y nata de esta ciudad para admirar las obras que se presentaban. La gente que pasaba por el lugar era partícipe de cómo la calzada Madero se convertía en un ir y venir de lujosos vehículos del año, de donde bajaban parejas con unas vestimentas dignas de las mejores modas europeas. Era una visión de cuento de hadas. Así me parecía. Cada vez que recuerdo, parece que estaba soñando al ver aparecer a los cantantes discurriendo de un lado a otro, haciendo ademanes a la par de aquellas voces que hacían cimbrar el teatro. Al escucharlos, la emoción se apoderaba de los concurrentes.

Tuve la oportunidad de ver dos obras, *La Traviata*, de Verdi, y *El Bolero*, de Ravel. En esas ocasiones pude asistir debido a que varias de las empresas establecidas en esta ciudad patrocinaban estos eventos y regalaban boletos para las funciones a sus empleados; así que fui afortunada de que la empresa donde trabajaba fuera una de las que participaron en traer estas obras.

Para el pueblo también existió el teatro México, entre las calles de Juan Méndez y Colegio Civil. Ahí se exhibían pequeñas obras con algunos artistas que venían de México y otros de la localidad. Por lo regular eran actores hechos en carpas, como el gran Mario Moreno "Cantinflas". En alguna ocasión me tocó conocer en persona a María Victoria; la vi bajar de un carro negro, con su vestido pegado al cuerpo, que en la parte de abajo formaba como un abanico. Se veía muy bonita; creo que iba a tener una actuación en el teatro.

Los restaurantes de la calzada Madero eran famosos. ¿Quién no recuerda, allá por los años cincuenta, en el lado oriente, al restaurante Rubio, ubicado frente a la maternidad María Josefa, al que asistían a todas horas los trabajadores de Fundidora y familias del lugar, para saborear el menudo, los chiles rellenos y tantos otros antojitos? Por las noches, en tiempo de calor, mi hermana Irma, acompañada de Daniel, su novio, nos llevaba a cenar. Nos gustaba ir porque en seguida había un lugar de diversión llamado El Golfito. Ahí jugábamos varias partidas de golf. Había diversos obstáculos por vencer y, al final, el hoyo donde se introducía la pelotita. Algunos eran difíciles, pero al final de cuentas lográbamos ganar. Hubo otro lugar parecido a éste frente al Hospital Universitario, al

que también asistíamos. Eran de sana diversión y esparcimiento para las familias y, sobre todo, para muchos jóvenes que iban a pasarse un buen rato. Desearía que hoy estos lugares existieran en varias partes de la zona metropolitana; sería un sano entretenimiento.

Recuerdo también el restaurante Al. Varias generaciones han visitado este lugar. La primera vez que fui a comer tenía dieciséis años, estaba soltera. Después llevaba a mis hijos cuando eran niños y hoy, que soy abuela, llevo a mis nietos a comer o a cenar. Mis hijos siguieron la tradición y de vez en cuando van con sus hijos. Es un lugar de los que, quienes los disfrutamos, deseamos que siempre perduren. Son sitios para compartir, convivir con la familia o los amigos. Sus empleados atienden a la clientela como si apenas acabara de inaugurarse el restaurante. Cincuenta años han pasado y, como dice la canción, “parece que fue ayer”.

El restaurante Palax, que hoy tiene una sucursal por el rumbo del hospital Muguerza, es frecuentado por personajes del ambiente político del estado de Nuevo León y de otros estados. ¿Quiénes, de los que en algún momento hemos departido en estos lugares con familiares o amigos, no nos hemos topado con futuros gobernadores, alcaldes, diputados o senadores? Creo que mucha gente, pero como cada quien va a lo suyo, que en nuestro caso es saborear un exquisito y aromático café con pastel o platicillo, ni siquiera a saludo se llega, pues estos personajes nunca van solos: siempre se les ve rodeados de diez o más vigilantes.

Hago un paréntesis para no dejar pasar por alto una de las instituciones de mayor renombre en Nuevo León: me refiero al Hospital Universitario Doctor Eleuterio González, antes Hospital Civil, pionero y semillero de médicos ilustres en todas las ramas de la medicina, quienes han egresado para incorporarse a la vida laboral y profesional de otros nosocomios nacionales e internacionales. Este hospital es parte fundamental de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y está ubicado en calzada Madero y Gonzalitos.

Escapa un leve suspiro al decir calzada Madero. Es difícil pensar que, quienes visitaron ayer y hoy esta ciudad, no han conocido nuestra calzada Madero con su extensión, que inicia al oriente, desde el puente Guadalupe que cruza el río Santa Catarina, para terminar a la altura de la avenida Gonzalitos. Puede decirse que es la columna vertebral de circulación, ya que es cruce de entrada y salida hacia diversas carreteras de nuestro país, como la Nacional y la Central, que cubren los estados de Tamaulipas, Coahuila, y hacia el centro y el sur de México, y por las que puede llegarse a los diferentes puntos cardinales de nuestro país.



# Capítulo 13

## Parques de Monterrey Aquéllos que ya no existen, los que perduran y sus alrededores

El parque España, famoso por sus arboledas de aguacates, nogales y naranjos, entre otros, fue de los primeros en colocar una alberca para sus paseantes y, cuando estaba llena de agua, la disfrutábamos la chiquillería. A este parque asistíamos los domingos; algunas veces llevábamos algún lonche y pasábamos la tarde jugando o trepando árboles. Cerca de las seis regresábamos a casa. Para atravesar el río Santa Catarina, que llevaba en ocasiones mucha agua, nos quitábamos los zapatos para sentirla en los pies; después cruzábamos el monte, que tenía algunos profundos lugares con tierra caliza, y salíamos por las veredas del río. En seguida cruzábamos la acequia, después otra vereda y llegábamos a la casa. Eran paseos que, tan sólo de recordarlos, quisiera volver a vivir.

La Alameda era un parque muy hermoso; las familias se reunían los domingos y, durante la semana, acudían por las noches para sentarse en las bancas que estaban debajo de las arboledas y refrescarse del duro calor que irradiaba esta ciudad. El aroma de las flores sembradas en los jardines era del agrado de los paseantes. En mi niñez, mis hermanas y yo nos divertíamos en los resbaladeros de cemento. Me gustaba mucho el de caracol porque daba una sensación diferente; me emocionaba venir dando de vueltas desde arriba. Los columpios, el pasamanos, jugar por los corredores, todo era una diversión muy sana. Era común ver a los padres jugando con sus hijos, tradición que hoy en día ya no se observa en ese lugar; al parecer, ahora los paseantes son jóvenes que vienen de fuera. Por el lado norte, frente a la calle Aramberri, había un restaurante al que acudían jóvenes y parejas de novios a tomar un refresco y platicar. Ahí se escuchaba la música de una radiola, a la cual se le insertaba una moneda después de escoger la melodía deseada; automáticamente se ponía un disco y nos deleitábamos escuchando aquellas canciones de tríos famosos: Los Dandys, Los Tecolines, Los Tres Reyes, Los Panchos, Raúl Show

Moreno, etcétera. Boleros como Lágrimas de amor, Gema, La novia, Sin ti hacían suspirar de amor. Era por el año de 1958 cuando asistía a ese lugar acompañada del que entonces era mi novio, posteriormente esposo y padre de mis cinco hijos. Eran tiempos en que estaba de moda la crinolina, que las jóvenes usábamos bajo el vestido y confeccionada con una tela llamada de tul; parecía espuma de diversos colores que, cuando caminábamos, se veía como arco iris. Los vestidos largos lucían esplendorosos y la cintura se veía más pequeña. Creo que en esa moda se conjuntaron dos épocas: la que vivieron nuestras abuelas y la de la juventud de ese tiempo, pues ya no era el vals sino el twist o el rock and roll. Para los muchachos no pasó desapercibido la forma en que la mujer lucía esta moda con mucho garbo. Recuerdo los piropos que se escuchaban cada vez que una mujer pasaba: “güerita, el azul de tu vestido refleja en tus lindos ojos; al verlos parece que miro un pedacito de cielo”; “esa cintura que tienes parece que va a quebrarse; déjame ir a tu lado y detenerte con mis brazos”. Sin duda, piropos bonitos y gratos al escucharlos.

La plaza Zaragoza abarcaba las calles Zaragoza, Ocampo, Zuazua y Padre Mier; ahora se integra a la Macroplaza. Era el paseo preferido por los jóvenes de la alta sociedad, ya que sólo se reunían aquellos que tenían automóvil. Daban vueltas luciendo sus vehículos, algunos del año, alrededor de las calles que circundaban la plaza. Admiraban a las muchachas que caminaban por aquellos corredores cubiertos de árboles y flores. Ahí se conocieron varias parejas que se casaron y posteriormente formaron familias en esta ciudad.

Por el lado oriente, en la calle Zuazua, aún se ubica el Casino Monterrey, donde se realizan diversos eventos sociales. En el año de 1957 asistí como edecán a un evento realizado por los distribuidores de automóviles de varios estados de la República Mexicana. En esos años trabajaba como secretaria de don Antonio O’Farrill Zapata, quien era gerente general de la empresa Distribuidora de Automóviles FIAT y Camiones DINA. Me causó una impresión muy agradable; nunca hubiera imaginado cómo era el interior del Casino: aquellos espacios tan grandes en cuyo centro se encontraba una escalinata y de cuyo techo pendían unos enormes candiles. Como en aquella época contaba con dieciocho años, no pude evitar que mi imaginación volara: me parecía ver a las muchachas que asistían a ese lugar bajando por la escalinata, con sus vestidos de telas preciosas y modas de la época.

Por la misma acera se ubica la Catedral desde donde, según dicen, parte un túnel subterráneo que llega hasta el Obispado. Del lado poniente, por Zaragoza, me llamaba la atención el aspecto colonial del antiguo Palacio

Municipal de Monterrey; hoy es el Museo Metropolitano de Monterrey, y ahí exponen artistas de la ciudad, de México y el extranjero. Por la misma calle se sitúa uno de los primeros edificios que dan realce a la plaza Zaragoza: me refiero al condominio Acero, donde se encontraban ubicadas las oficinas de la desaparecida Fundidora de Fierro y Acero. Uno de sus principales atractivos eran las puertas giratorias, que circulaban constantemente, lo que daba un toque novedoso en su arquitectura de tipo modernista. Otro de los edificios emblemáticos que aún se preserva es el del Círculo Mercantil Mutualista de Monterrey, preferido por la sociedad neoleonesa para pasar momentos de sano esparcimiento; cuenta con alberca, baño ruso, juegos de mesa, billares, canchas, pistas de baile, restaurante, etcétera. Varias han sido las generaciones que lo han conocido, por los eventos deportivos que se han realizado y de los cuales han surgido grandes campeones. Fui socia del Círculo por el año de 1956, ya que me gusta la natación; ahí aprendí a nadar con la asesoría de los entrenadores. Asistí también a los bailes que se realizaban en días festivos, como el de la noche del 15 de Septiembre, Navidad y Año Nuevo, todos gratos recuerdos vividos. Ojalá que estos lugares permanezcan en el tiempo, o bien, que se instalen otros por diversos puntos de nuestra ciudad para que nuestra juventud cuente con un futuro deportista. Al norte se encontraban situados comercios y la zona hotelera.

Por las calles Doctor Coss y Morelos, en las antiguas construcciones del centro de la ciudad, existió una panadería a la que acudía, y era conocida por toda la gente de Monterrey: El Nopal. ¿Quién entre los que vivimos aquí los años cincuenta o sesenta no recuerda este lugar? Era un verdadero caos por las tardes, de las diecisiete a las veinte horas, cuando salía el pan calentito. Todos los que trabajábamos por el área llegábamos a pie, algunos lo hacían en carro. Queríamos llevar nuestras porciones de pan a la familia. Saboreábamos con placer aquellos volcanes, conchas, alamares, armadillos, novias y crujientes pastelillos, y los acompañábamos con una rica taza de café o chocolate a la hora de la cena. Estos pequeños detalles eran los que unían a las familias en aquellas inolvidables épocas. Posteriormente pusieron esta panadería por la avenida Constitución, a la altura de Venustiano Carranza, mas ya no se llamó El Nopal, sino Del Río. Con el paso de los años la quitaron y ya no volví a saber dónde quedó.

No puedo pasar por alto que por la calle Zaragoza, a la altura de Padre Mier, se encontraba el cine Elizondo. Qué arquitectura tan maravillosa! Sus paredes estaban conformadas con figuras chinas talladas a mano, lo que hacía que la gente que acudía no dejara de admirar ese lugar.

Contaba con ocho años de edad cuando mis hermanas y yo íbamos al matiné de los domingos. Se exhibían estrenos de caricaturas tales como Alicia en el País de las Maravillas y La Cenicienta. A mi modo de ver el avance de esta ciudad, pienso que fue un error el haber destruido este cine, ya que hubiera sido un ícono del futuro en nuestra ciudad.

Pero eran los años cincuenta y aún se respiraba el Monterrey antiguo. A los que nos tocó vivirlo a veces nos cuesta trabajo ver que ya no está lo que antes existía; me refiero a tantos lugares que desaparecieron dando paso al Monterrey moderno. Las mismas calles, pero no sus construcciones; la gente que las habitaba se fue. Como todo en la vida, lo que nace se acaba y se hace polvo. Ya no vimos más aquel centro de nuestra ciudad.

Me pregunto, ¿fue sueño o realidad?, ¿acaso me tocó ver aquel camión quemándose por la calle Zaragoza a la altura de 15 de Mayo que decían usaba gas licuado en lugar de gasolina para movilizarse? Fue horrendo el espectáculo. Recuerdo que la tarde estaba calurosa. Salí de mi trabajo en Aparatos Electrolux, situada por la calle Escobedo, entre Padre Mier y Morelos, a un lado de la ferretería Langstroth. Ese día mi amiga Socorro Valles Nájera, “Coco” (q.e.p.d.), pasó por mí a la oficina; íbamos a comprar unos libros de contabilidad para irnos a la academia donde estudiábamos por la noche. Tiempos difíciles económicamente, aún no terminábamos de estudiar pero ya trabajábamos en alguna empresa durante el día. Veníamos caminando por Padre Mier y dimos vuelta en Zaragoza, frente al cine Elizondo, cuando de repente vimos que, calles adelante, comenzó a salir mucho humo de un camión. Nos quedamos viendo una a la otra y corrimos a ver qué estaba pasando. Llegamos hasta enfrente, justo donde se estaba quemando el camión. No medimos las consecuencias: frente a ese camión en llamas estaba una gasolinera. Estábamos como paralizadas de ver aquel cuadro donde las personas saltaban por las ventanas del camión, con sus ropas prendidas, gritando. Recuerdo a un muchacho con la camisa en llamas, quien saltó por una de las ventanillas de adelante y cayó justamente debajo de las llantas delanteras del camión. En ese momento llegaron los bomberos y trataron de ayudarlo, pero las llamas eran tan fuertes que ni las mangueras con agua eran suficientes para apagar aquel infierno. Le echaron agua al muchacho para ver si arrastrándose salía del área pero, para su mala suerte, explotaron las llantas de adelante y se vino hacia atrás, y el muchacho quedó justamente debajo del camión en llamas. Ya no se movió más. Luego, una señora desesperada aventó a su bebé por una ventanilla y un señor logró agarrarlo; ya no supe si la señora pudo salir o no, porque el humo era tan espeso que comenzó a invadir la calle. Unos policías se acercaron para

retirarnos del lugar. Este hecho se quedó grabado en mi memoria, han pasado tantos años y no lo olvido: fue impresionante o espeluznante, no sé cómo describirlo.

Por Escobedo y 5 de Mayo se encontraba la Farmacia del Sagrado Corazón, donde hoy se encuentra el edificio de la Tesorería del Estado. Los edificios como el de Sears Roebuck, Salinas y Rocha, la Radiodifusora XET, y tantos otros, en su tiempo estuvieron llenos de vida. Recuerdo que por las tardes, como a la altura de Doctor Coss y 15 de Mayo, un sinnúmero de oficinistas esperábamos a que llegaran los camiones para trasladarnos a nuestras casas. En ese momento veíamos cruzar la calle a aquella muchacha a la que automovilistas y jóvenes se detenían a contemplar. Se escuchaban silbidos y piropos por todos lados. Creo que no sabían cómo se llamaba pero le decían “La Coca”, por sus formas tan pronunciadas. Por cierto, también era muy bonita.

Todo aquello se esfumó en el tiempo y el espacio; se fue aquel lugar, el Monterrey antiguo terminó. Llegó la modernización: la Macroplaza. No puede negarse que es un bello lugar, digno de ser comparado con algunos paseos y parques europeos. También surgieron otros edificios, más grandes y bonitos. Gran parte de ellos alberga oficinas del gobierno del Estado, y alguno que otro un centro comercial, restaurantes o centros nocturnos. La fuente hace un grato paseo en el canal que va desde la calle Doctor Coss hasta Diego de Montemayor, de lo que antaño fuera parte de nuestro antiguo Monterrey. La Plaza del Chorro, conocida así porque brotaba una constante fuente de agua toda iluminada de colores, fue una de las primeras plazas de Monterrey con esta novedosa forma de bombear el agua; se ubica por las calles de Isaac Garza, entre Doctor Coss y Arista.

La Plaza de los Enamorados, ubicada a mediación de la calle Isaac Garza y la de Emilio Carranza, lleva ese nombre por ser preferida por las parejas que acudían a buscar una banca entre las arboledas, para dejar brotar sus sentimientos, abrazarse y besarse entre la penumbra del atardecer y la noche.

# Capítulo 14

## Personajes en vida Su vida en oscuridad

Quisiera estampar con letras lo vivido, cada sitio, cada lugar, cada amigo, cada persona; aquello que se pierde en el tiempo y el espacio y cuya existencia queda truncada en oscuridad. La lucidez de su mente se situó en un hecho y ahí se quedó estancada, no avanzó más. Me refiero a aquellos personajes que se hicieron frecuentes o comunes en nuestra vida diaria, a quienes llamábamos “Viviano” y “Cando”. Vivían por la colonia, mas nunca nos dimos la oportunidad de conocer su domicilio. Todos los días se veían pasar por la calle. Creo que después de que cumplí dieciocho años no volví a verlos más.

Viviano, según contaba la gente que lo conocía, había sido un profesor de escuela que un día, al llegar a su casa, encontró a su esposa con un amigo. Esta situación, que nunca logró superar, dio por consecuencia que su mente quedara en el vacío, en la nada. Todos los días pasaba por nuestra casa para que le diéramos “un taco”, el cual saboreaba con avidez, y a ratos preguntaba:

—Oye, ¿tú cómo te llamas?

Uno contestaba:

—Yo me llamo Inés.

Y él respondía:

—Ajá, pues yo me llamo Ineso.

O bien, le decíamos:

—A ver, escribe tu nombre en este papel.

Y, con una letra muy clara, delineada y muy bonita, ponía: “Me llamo Viviano”. Era todo, se comía su taco y se iba muy contento. Aún recuerdo cuando llegamos a la colonia y no lo conocíamos, preguntábamos quién emitía aquellos gritos tan extraños por las noches; después supimos que era Viviano, quien se internaba entre el monte y, cuando había luna llena, se llevaba las manos hacia la boca y luego, viendo hacia la luna, se ponía a gritar algo así como un aullido, lo que a mis hermanas y a mí nos

daba miedo. Pero, cuando ya lo conocimos, este sentimiento se terminó y después le teníamos lástima y cariño porque, aunque hiciera frío o lloviera, Viviano siempre andaba en la calle.

Igual pasó con Cando: él no hablaba, solamente emitía algunos sonidos con la boca. Al parecer tenía algún problema. Era su costumbre tocar las puertas y luego asomarse por el cerrojo. Mi cuñada Jesusita, esposa de mi hermano Erasmo (ambos q.e.p.d.), le tenía mucho miedo. Una vez que llegó a la casa, tocó la puerta y Jesusita, al verlo por el cerrojo, no quiso abrir. Cando también estaba viendo por el otro lado de la cerradura, hecho que hizo que mi cuñada le tuviera más miedo y a partir de ahí, cada vez que lo veía, se ponía a temblar. Nosotros le decíamos que no le hacía nada, que él solamente quería que le dieran “un cinco”, y luego ya se iba. Por una nota que salió en los periódicos El Norte y El Porvenir, años más tarde, supe que a Cando lo habían encontrado muerto junto a unas vías por el rumbo del puente El Obispo, en el entronque con Santa Catarina. Al parecer alguien lo atropelló en alguna calle de la Colonia Obrera y posteriormente lo fue a tirar a ese lugar. Esta noticia me dio tristeza, pues no pude dejar de pensar que él no le hacía daño a nadie. Cando y Viviano, personajes que fueron parte del paisaje de mi calle.

# Capítulo 15

## ¿Por qué emigraron los cuervos?

Las seis de la mañana: “Otro día. Pero qué ruidazo tan fuerte emiten esos pajarracos en los árboles de enfrente!” Despertaba sin reloj. Con esos graznidos cualquiera abre los ojos por más dormido que se encuentre. Esto pensaba yo al escuchar día y tarde la alharaca de los cuervos. Viene a mi mente una anécdota: recuerdo que me llamaba mucho la atención la algarabía de los cuervos. Eran muy exactos. En la mañana, como a las seis horas, comenzaba el ruido en los árboles del frente de la casa; luego se iban. Nuevamente, como a las seis de la tarde, regresaban haciendo lo mismo. Un día fui a investigar por qué emitían tanto alboroto. Me paré debajo de un fresno de los que había frente a la casa y observé que, conforme iban llegando los cuervos, como eran muchos, no cabían en las ramas, y lo que hacían era que se picoteaban unos a otros. Y, cuando uno hacía esto, el otro saltaba, momento que aprovechaba el primero para quedarse con el lugar. Algunas veces estaban tan juntitos que se paraban uno encima del otro. Y así, hasta que llegaba la noche. Esto lo hacían todos los días a las mismas horas, seis de la mañana y seis de la tarde. Un día, tendría yo unos dieciséis años, me quedé viendo los árboles y me di cuenta de que ya no se veían más los cuervos. Me pregunté por qué no se escuchaban más. Aquel ruido al que mis oídos se habían acostumbrado por tantos años ya no estaba. No me di cuenta en qué momento se fueron. La vida nos va llevando por otros caminos, aquellos juegos tan soñados los vamos dejando de lado, surgen compromisos, surgen otros caminos. A esa edad ya estaba trabajando mientras estudiaba en la academia, así que el poder de observación se me fue haciendo nulo. Le pregunté a don Ismael, mi vecino, quien trabajaba en la Fundidora, qué había sucedido, y él me aclaró:  
—Mira, los cuervos ya se fueron debido a que ya quitaron los sembradíos de hortalizas. A los chinos les pidieron las parcelas porque van a construir otro horno, por eso emigraron.

Me quedé pensando: “Todo en la vida es igual. Se terminó su comida, se destruyó su hábitat, los cuervos tuvieron que buscar otros lugares; mas estos pájaros, sin saberlo, dieron vida, color y alegría a mi calle.

.

# Capítulo 16

## Época de estudio y trabajo

De 1952 a 1955 realicé mis estudios en la Academia Comercial General Treviño, cuando fungía como directora la profesora Amalia de la Garza. La academia se encontraba ubicada por la calle Isaac Garza y Doctor Coss. Posteriormente este edificio sirvió para eventos sociales, al que llamaron Salones Elyor, donde años más tarde celebramos los quince años de mi hija Blanca Maricela.

En un momento se fue mi niñez. Llegaron otros tiempos. Había que trabajar para ayudar a la economía del hogar. Todos los hermanos tuvimos que hacerlo desde muy chicos. Recuerdo que mi hermana Irma me ayudó pagándome el primer año de la Academia, donde estudié Secretaria y Contador de Comercio. Los dos años restantes los pagué yo misma, tras haberme integrado a la vida laboral. Contaba con trece años de edad pero, como tenía buenas calificaciones y la recomendación de la directora de la academia, comencé a trabajar para algunas empresas, entre las cuales recuerdo: Aparatos Electrolux, cuyo gerente era don Raúl Martínez Meléndez, y la cual se encontraba ubicada por la calle Escobedo, entre Padre Mier y Morelos, en seguida de la ferretería Langstroth; Productos Químicos, cuyo representante, don José Ferrara, era de la familia de los señores Ferrara, fundadores de la Fundidora; Regiomontana Automotriz, bajo las órdenes de su gerente, don Antonio O'Farrill Zapata (q.e.p.d.), y sus accionistas, los señores don Eugenio, don Francisco y don José Antonio Armendáiz. La automotriz estaba ubicada por la calle Parás, entre Padre Mier y Morelos, y se dedicaba a la venta de Automóviles FIAT y Camiones DINA; años más tarde se cambió a la esquina de la calzada Francisco I. Madero con Héroes del 47, donde el gerente de servicio fue el señor don Manuel Hernández Fernández, y Mauro Aguilar, el chofer de la empresa. Mi reconocimiento perenne a todos mis exjefes por la oportunidad que me brindaron al haberme aceptado como secretaria y

ayudante de contador, cargo que desempeñé en el tiempo que estuve en sus empresas.

Reconozco, sobre todo, a don José Ferrara; cuando me recibió en su oficina, despacho 100 del segundo piso en el edificio La Nacional, el día 7 de febrero de 1955, estaba lloviendo y hacía mucho frío. Al verme, me dijo:

—Tú, niña, ¿en qué puedo servirte?

Yo llevaba un vestido muy delgadito color rosa de cuadritos blancos, con un adorno de margaritas en el cuello, unos huarachitos blancos, calcetas blancas y un impermeable de plástico rojo que todo se trasminaba. Llegué toda mojada, parecía pollo remojado. Había tenido que caminar desde la calle Zaragoza, donde me dejó el camión, hasta el edificio. Luego se me quedó viendo, me dio una palmada en el hombro y me dijo:

—De cierto debes tener muchos deseos de trabajar para que hayas llegado en estas condiciones. Te quedas con el trabajo, sé que vas a ser una buena secretaria.

Él me instruyó sobre el comportamiento que debía tener como secretaria y el manejo de la oficina, por lo que, en una semana, ya estaba llevando los libros de contabilidad y realizando labores de secretaria.

En el mes de agosto de ese año, dejé de trabajar para el señor Ferrara.

Frente al edificio estaba ubicada la Agencia FIAT, donde ocupaban una secretaria. Solicité el empleo, me hicieron una prueba, la cual saqué adelante, y el 10 de agosto de ese año comencé a trabajar ahí. Me pagaban doscientos cincuenta pesos mensuales, cien más que con el señor Ferrara, a quien agradecí toda su atención hacia mi persona y quien me dijo:

—Se me va una buena secretaria, pero te felicito por tu afán de ascender. Pienso que te va a ir muy bien con Toño en la agencia.

Ahí laboré hasta el año de 1962, cuando salí para contraer matrimonio con mi esposo Óscar Francisco del Toro Pérez (q.e.p.d.). Procreamos una familia de cinco hijos, actualmente todos casados.

# Capítulo 17

## Volver a la escuela

En 1975 hice ver a mi esposo mi deseo de volver a la escuela. Hubo un estira y afloja en su decisión, pero al fin aceptó. El mayor pendiente era “con quién dejaría a los niños”. Yo le contesté:

—Mira, no voy a descuidar hijos ni casa. Tú quédate tranquilo y así lo verás.

Puedo decir que no fue fácil, ya que mis horas de sueño disminuyeron. Pero como era tanto el deseo de estudiar, nunca me costó trabajo dormir tarde y levantarme a las cinco de la mañana. Así que de nuevo a estudiar.

Ese mismo año me inscribí en el Centro de Adiestramiento Técnico del Instituto Mexicano del Seguro Social, en la carrera técnica de Mecánica Automotriz. Obtuve la cartilla de estudios tanto de mecánica como de electricidad automotriz. Al salir del instituto, fui a la empresa MARHINO, que se ubicaba por Félix U. Gómez con Aramberri. Me dirigí con el señor Hinojosa, a quien hice saber mi deseo de aplicar los conocimientos adquiridos, y él me dio la oportunidad de trabajar en su taller por espacio de diez meses. Practiqué directamente en vehículos realizando afinaciones, embobinando motores eléctricos, entre otras cosas, experiencia que aproveché en el año de 1977 como maestra de mecánica automotriz en la Central de Tecnologías Número 1, dependiente de la Dirección General de Educación Pública en el Estado, ubicada en la Colonia Ferrocarrilera. Ahí se reunían, durante la semana, seis secundarias aledañas: una diaria de lunes a jueves, y el viernes asistían dos. Atendía aproximadamente a cuarenta alumnos por día, mujeres y hombres, con la satisfacción de transmitirles el deseo y el gusto por la mecánica automotriz. Entre ellos estaba mi hijo Óscar Francisco.

Al paso de los años, algunos terminaron su carrera de Ingeniería Mecánica, otros se integraron al trabajo como mecánicos. El taller no tenía mucho material didáctico para que los alumnos tuvieran sus prácticas, así

que, cuando fungía el doctor Pedro Zorrilla Martínez como gobernador del estado e hizo una visita a la escuela por la inauguración de los talleres, aproveché el momento para solicitarle motores. Después de varias gestiones con la colaboración del señor Efrén Ramos Rico, quien conocía de muchos años a don Alejandro Belden, secretario de Gobierno, remitió unos motores al taller que sirvieron para las prácticas de los alumnos.

# **Parte 2**

## **El final**

## Objetivo logrado

Es importante destacar un rasgo en mi vida personal: desde mi niñez, siempre he sido persistente. Al salir de la primaria, por el año de 1952, hice saber a mamá mi deseo de estudiar ingeniería. Mi madre se sorprendió:

— Pero cómo te gusta eso! ¿No ves que esas carreras son para hombres? Entonces le repliqué:

—Bueno, entonces otro estudio. Me gusta escribir!

A lo cual contestó:

—Tú sabes que no podríamos sostener una carrera.

Volví a insistirle:

—Mire, mamá: ahí por Félix U. Gómez y calzada Madero se encuentra una escuela donde se imparten materias técnicas.

Se trataba de la Escuela Industrial Álvaro Obregón. Ya molesta, me contestó:

—Solamente es para hombres.

Ya no dije más: me dediqué a estudiar secretariado y contabilidad, ahogando en el fondo de mi conciencia aquel deseo frustrado.

En el año de 1978 me inscribí en la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica Álvaro Obregón. Nadie se imagina la emoción y el gusto que sentí cuando por primera vez traspasé la puerta de entrada a este lugar que había considerado inalcanzable. Sentimientos encontrados, deseos de llorar y reír a la vez, aquel anhelo se hacía realidad. Mas tuvieron que pasar veintiséis años para lograr mi objetivo. Mi madre, que en paz descansa, ya no lo vio, pero ahí quedó mi nombre inscrito en sus archivos:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LA ESCUELA INDUSTRIAL

Y PREPARATORIA TÉCNICA

“ALVARO OBREGÓN”

otorga el presente

Diploma

a MARIA INÉS RUIZ HERNÁNDEZ.

por haber cursado satisfactoriamente la carrera de  
TÉCNICO AUTOMOTRIZ.

23 de enero de 1981.

Para esa fecha impartía clases de mecánica automotriz en las Secundarias Técnicas 29 y 38 de la Secretaría de Educación Pública. El día que recibí ese diploma, momento que solamente yo entendía, di gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de alcanzar mi sueño. Ese gusto que ahoga el sentimiento lo sentía en la garganta, lloré y sonriendo repetía: “ Lo logré! Lo logré!” Aquello que por tantos años había ansiado! Me dije: “Si no llegué a ser ingeniera, sé que trasmití mi deseo a muchos de mis exalumnos, quienes estudiaron y se titularon en la Facultad de Ingeniería Mecánica de la Universidad. Entonces puedo decir: logré mi objetivo.” Creo que hoy la Escuela Industrial, a nivel Universidad, es primordial en nuestro país.

Terminada la preparatoria, recordé que otro de mis anhelos era escribir: tenía trece años cuando escribí mi primer poema. Me inscribí en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y obtuve mi titulación como licenciada en Derecho y Ciencias Jurídicas el 7 de octubre de 1985. Otro logro obtenido, el cual me dio la oportunidad de poner en práctica estos conocimientos como litigante y en diversas instituciones, tanto en el Poder Judicial del Estado como en la Secretaría de Juzgado, en el Poder Judicial Federal.

Deseo dejar un mensaje a la juventud y a la mujer: “Nada hay que detenga a tu persona, cuando el objetivo es la superación. Sigue adelante en tus propósitos, lucha por obtener aquello que te parece imposible. Si no decaes, vencerás! Puedes tener el mundo en tus manos si te lo propones, el secreto está en querer llegar a realizarte como ser”.

Muchos han sido los retos que he vencido, he obtenido grandes satisfacciones a través del tiempo. Nada se me ha dado fácil, pero he sabido vencer barreras y obstáculos por muy grandes que hayan sido. Doy gracias a Dios, ya que estos logros han sido gracias a su presencia en mi vida.

## Capítulo 2

### La radio

¿Cómo olvidar aquellos días cuando llegábamos mis hermanos María Engracia, Francisco, Odilia y yo, a medio día, de la escuela a la casa? Eran épocas donde los niños asistíamos a estudiar tanto en la mañana como en la tarde, nos daban un tiempo para ir a comer y luego regresábamos. Recuerdo que siempre, al llegar a casa como a las doce del mediodía y abrir la puerta, se escuchaba un programa en la XEFB que oía mi mamá, con los Montañeses del Álamo. Nos envolvía aquel aroma a comida: sopa de arroz y caldo de res. Mmm, qué rico! Hoy, en alguna ocasión, cuando llego a oír alguna canción con los Montañeses, revivo esos momentos, hasta siento el aroma a comida que hacía mamá. Ya sentados a la mesa, escuchábamos el programa del doctor Mir, El Consejero del Aire, a su secretaria, que iniciaba el programa diciendo: “Aquí tenemos una carta, doctor...”. Después de leerla, el doctor daba un consejo a la persona que la remitía.

Sobre la radio recuerdo una anécdota contada por mamá. Como anteriormente comentaba, cuando llegamos a esta ciudad casi no teníamos muebles, ni tampoco reloj. Un día, un señor tocó a la puerta. Mamá lo recibió: era un vendedor que buscaba a las personas que anteriormente ocupaban la casa, y les llevaba un radio de la mueblería Alanís. El vendedor, quien no quería regresar con la mercancía, le insistió a mamá para que ella se quedara con el radio, diciéndole que pagaría solamente un peso por semana. Mi madre, quien tenía que consultarlo con mis hermanos, le dijo:

—Bueno, déjelo. Pero después viene, por si mis hijos no lo quieren.

El vendedor repuso:

—Mire: se lo voy a dejar prendido para que lo escuche.

Sucede que mamá no conocía lo que era un radio. Ese mediodía que llegó mi hermana Irma a comer, la comida aún no estaba lista y preguntó qué pasaba. Mamá, toda turbada, le platicó lo del vendedor:

—Es que desde ese rato está platicando este señor y no lo puedo dejar hablando solo, así que no pude hacer la comida.

Se imaginarán cuál fue la reacción de mi hermana, pura risa! Explicó a mamá lo que era un radio. Este aparato fue el compañero que tuvimos como la mejor distracción en nuestra familia. Aún recuerdo las radionovelas que pasaban por la XEFB: Renunciación, El Conde de Soto Mayor, Yo no creo en los hombres, Ahí viene Martín Corona, con nuestro querido Eulalio González “Piporro” y Pedro Infante. Por las noches, mis hermanas y yo, acostadas y tapadas hasta la cabeza de miedo, escuchábamos a Carlos Lacroa, El violín de Sandors. Estas novelas y programas, como el de Jeremías Becerra, hacían volar la imaginación de quien las escuchaba. Luego, entre novelas, aquellos anuncios de Colgate Palmolive; o el de “Exprima, remoje y tienda, con el detergente Fab”; o el de “Papá, papacito, ándale, cómprame unos Chiclets Adams”, en el cual se escuchaba la voz de un niño, no sé si era Chabelo. Luego, los domingos, los programas en vivo. Iba con mis hermanas a la XEFB, que estaba por 5 de Mayo, entre Juárez y Guerrero. Ahí conocí en persona a don Héctor Martínez, a Mario Agredano Brambila, a Mario Valle y a otros locutores, quienes hacían la alegría de los niños en los programas de la Fábrica de Dulces Totito. Ahí, un domingo me escogieron para pasar al foro y me gané una paletota muy grande. Nada más al llegar a la casa, mis hermanos al verla me la quitaron para tocarla y, al pasarla de mano, se cayó y se hizo pedacitos. Aún así nos la comimos.

Otra anécdota de cuando estudiaba en la academia. Siempre nos juntábamos Socorro Valles Nájera, Oralia Rodríguez y yo, quienes decíamos que íbamos a ser artistas. Ya salíamos en las obras de teatro en la academia. Un día, fuimos a la XEFB, el vigilante preguntó qué queríamos y le contestamos:

—Nosotros queremos ser artistas para hacer radionovelas.

Se nos quedó viendo, esbozó una leve sonrisa y nos hizo pasar:

—Vayan a aquella oficina.

Ahí nos dieron una solicitud para que la llenáramos. Era la primera vez que mis amigas y yo veíamos una solicitud. Una vez que llenamos los datos de nombre y domicilio, comenzamos a preguntarnos cómo le haríamos en donde decía color, ojos, boca, nariz, complexión. Ahí nos quedamos viendo una a las otras, no sabíamos qué escribir. Entonces, para no dejar en blanco el espacio, le pusimos: “Color: entre blanca y morena. Ojos: entre verde y azul. Boca: entre grande y chiquita. Nariz: no muy grande ni muy chica. Complexión: ni flaca ni gorda”. Cuando la

entregamos, la persona que la recibió era una señorita. Veía a las solicitudes, luego a nosotras, y se reía, y nos dijo que ahí las dejáramos:

—Después las llamamos.

Me imagino la risa que les causó nuestra redacción. Años más tarde, me di cuenta de que la única que logró el objetivo fue Oralia Rodríguez, al ser compañera del licenciado Horacio Alvarado Ortiz en los noticieros que pasaban por televisión. Al paso de los años, cuando era actuaría del Juzgado Segundo de Distrito, fui a entregar una notificación al teatro del Seguro Social. Tuve una sorpresa al ver que mi amiga Oralia fungía como directora del teatro. Me dio gusto verla. Nuevamente pasaron los años y ya no la volví a ver. Socorro Valles Nájera, quien trabajó muchos años en el departamento de Contabilidad del Hospital Universitario, cumple aproximadamente cinco años de haber fallecido. Amigas inolvidables a quienes recuerdo con mucho cariño.

La XENL “Radio Recuerdo” era la estación del gusto de los jóvenes, allá por los años cincuenta. Como duraba toda la noche, a mis dieciocho años, una época romántica, poníamos el radio en la cabecera de nuestra cama. Escuchar aquellas canciones de tríos nos hacía suspirar de amor. Durante el día era nuestro reloj con aquel anuncio que a la fecha se oye: “Señor locutor, ¿quiere hacerme el favor de decirme qué horas son?”

La XET transmitía la radionovela El Ojo de Vidrio. Algunos conductores eran Juan Cejudo, Aurora Elizondo y otros. Conocí en persona al señor Chabelo Jiménez en una entrevista, y lo recuerdo con mucho respeto por la amabilidad con la que me recibió en su oficina, ubicada por la calle 15 de Mayo y Zaragoza. Antes de que se construyera la Macroplaza había un edificio en esa esquina. Esta radiodifusora transmitía un programa por las noches, dedicado a los conductores que transitan por la carretera. Aún se pasa por la radio. Por cierto, me gusta escucharlo cuando voy a México por carretera, pues la transmisión llega hasta Querétaro, donde comienza a perderse la voz. Me parece siempre muy interesante, pues creo que el programa cumple su cometido de mantener despierto al que maneja. Era 1977 ó 1978. Era la época en que fui maestra de Mecánica Automotriz en la Central de Tecnologías Número 1. Como no tenía material didáctico para que los alumnos trabajaran, entonces se me ocurrió visitar a Chabelo Jiménez, a quien hice saber el motivo de mi visita. Él me invitó a su programa y, al aire, hizo saber nuestras necesidades para que los alumnos que estudiaban esa tecnología pudieran practicar la materia que les impartía. La respuesta no se hizo esperar y comenzaron las llamadas telefónicas de choferes que escucharon el programa ofreciendo material. Aquí mismo, en Monterrey, algunos talleres mecánicos

llamaron para donar carburadores, distribuidores, alternadores, motores de arranque, generadores y otros accesorios de motores ya usados, que sirvieron a los alumnos que estudiaban esa materia. Son estos conductores, como Chabelo Jiménez, quienes destacan por su filantropía y hacen el bien a la sociedad. En este caso, los beneficiados fueron jóvenes de esta localidad.

# Capítulo 3

## La televisión

Cine, telenovelas, arte, noticias nacionales e internacionales, cultura, deportes, programas infantiles, todo esto es la televisión. Pensar en la televisión es decir: Horacio Alvarado Ortiz, Mario Valle, Mario Agredano Brambila, Héctor Benavides, Gilberto Marcos, Lucila González, Roberto Hernández, Joel Sampayo, Homero López Ortiz (q.e.p.d., gran amigo de mi hermano Erasmo), José Marroquín "Pipo", "Pindoce", Humberto Romo "El Capitán 3", Jacobo Zabludovsky, Víctor Trujillo "Brozo" y tantos otros conductores que han dejado huella en la comunicación.

Radio y televisión es futuro; sin estos medios, un país estaría incomunicado. Qué afortunados los que vivimos en Monterrey, una de las primeras ciudades en que se estableció esta comunicación. En su libro 45 años. Mi vida en radio y televisión, el arquitecto Héctor Benavides, gran conductor y comentarista, resume gran parte de esta historia. Y es mediante un aparato de radio o televisión que los habitantes de esta ciudad estamos comunicados a nivel mundial. Se hace patente el reconocimiento a todos aquellos que se encuentran detrás de la información; personas como ustedes son las que hoy son necesarias para nuestra comunidad.

## Punto Final

Por esos recuerdos, y agradeciendo a Dios haberme dado la oportunidad de conocer lugares, personas y personajes con las cuales conviví por muchos años, dejo este testimonio para convencer a las generaciones futuras de que siempre guarden de sus calles la mejor impresión para años venideros, puesto que vivimos en un mundo cambiante cuyo futuro puede borrar lo que en un tiempo existió.

No quiero dejar de lado el final de aquella chiquillería que dio vida a mi calle. Crecieron, estudiaron, varios de ellos son profesionistas: médicos, ingenieros, abogados, contadores, secretarias. Formaron parejas con hombres y mujeres de bien, y familias integradas a nuestra sociedad las cuales refuerzan, con su presencia, estudio y trabajo, este Monterrey, orgullo de nuestro México.

Viví en una calle especial, por donde grandes personajes pasaron y seguirán pasando. Mas, de todos estos personajes, los principales serán aquellos niños, hoy adultos convertidos en abuelos, cada uno de los cuales formó su propia historia de nuestra ciudad, que es, al final de cuentas, nuestro Monterrey.



**[www.feedbooks.com](http://www.feedbooks.com)**  
Food for the mind